

R

FBI

Selecciones



"JEEP" PARA EL INFIERNO

HENRY KEYSTONE

**SELECCIONES
DEL
F.B.I.**

HENRY KEYSTONE

**«JEEP»
PARA
EL INFIERNO**

Título del original, en inglés:
HELL BOUND «JEEP»

© Henry Keystone
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 11.505-1967

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

I

C

UATRO hombres permanecían tendidos alrededor de un volcado “jeep”.

Sus manos empuñaban fuertemente las armas y sus ojos, cansados después de tres horas de combate, recorrían inquietos la gran extensión de arena que les rodeaba por todas partes.

Buscaban a sus ocultos enemigos, pero estos solamente se dejaban ver cuando se lanzaban al ataque.

El cabo Karl Lanbousky, de la Legión Extranjera Francesa, secó el sudor que caía sobre sus ojos y sin mirar a ninguno de sus compañeros, exclamó:

—¡Este maldito sol acabará con nosotros mucho antes que los argelinos!

Mike Gallard, repórter gráfico del “Picture Magazine”, una publicación de gran tirada en los Estados Unidos, miró hacia los cadáveres diseminados sobre la arena.

Dos de ellos pertenecían a hombres que hacía tres horas estaban sentados a su lado, en el asiento trasero del “jeep”... los otros, correspondían a los rebeldes argelinos que habían atacado.

La emboscada tuvo éxito. Una carga de explosivos había estallado junto al “jeep”, volcándolo sobre un costado, y cuando sus seis ocupantes empezaban a levantarse, una ráfaga de fusil-ametrallador, barrió el terreno y dos de los ocupantes fueron alcanzados de lleno.

Los cuatro supervivientes buscaron refugio detrás del vehículo, pero otra ráfaga sonó a sus espaldas y los proyectiles fueron a estrellarse contra el coche.

Tendidos sobre la ardiente arena y tratando de ofrecer el menor blanco posible, los cuatro hombres empezaron a disparar para defender sus vidas.

Por dos veces, los argelinos se habían lanzado al ataque y en ambas fueron rechazados, dejando sobre la arena cinco cuerpos.

Los hombres del “jeep” habían abierto unas rudimentarias trincheras y, agazapados allí, esperaban el ataque siguiente.

El cabo Karl Lanbousky y el repórter Gallard defendían el lado derecho, y los legionarios Dietz y Guriev, el izquierdo.

—El pelotón de Ulat el Azudj no será relevado esta semana —dijo el cabo Lanbousky, quitando un grano de arena que había caído sobre el mecanismo de la ligera ametralladora emplazada ante él.

—Quizá podamos rechazarlos, cabo —dijo Mike Gallard, que había dejado su cámara fotográfica para empuñar una pistola ametralladora “Lebel”.

—No... y aunque lo lográsemos, nunca llegaríamos a Ulat el Azudj. Sin el “jeep” no andaríamos ni una milla, y estamos muy cerca del Macizo de Uarsenis, para pasar sin que los rebeldes que están refugiados allí nos descubriesen.

—La única solución es disparar hasta que nos maten, ¿verdad?

—Sí. Y hay que reconocer que es una situación estúpida, al menos para ti y para mí, que somos súbditos del Tío Sam —añadió el cabo Lanbousky.

—¿Tú eres americano? —preguntó sorprendido el repórter—. Creí que eras polaco o algo así. Tu apellido...

—Nunca hagas caso de los apellidos en la Legión Extranjera. En mi compañía hay un hombre que se llama Napoleón Bonaparte, y otro, Robespierre.

—¿Qué haces tú en la Legión?

—Lo curioso del caso es que estoy aquí porque huía de la muerte, y ahora me voy a encontrar con ella —contestó burlonamente el cabo.

Su propia respuesta pareció producirle regocijo y empezó a soltar nerviosas carcajadas.

—Van a iniciar otro ataque, Lanbousky —advirtió Mike, observando que los argelinos empezaban a salir de detrás de las dunas que los habían ocultado.

El cabo recobró la seriedad rápidamente y lanzó una mirada a las figuras que se movían sobre la arena.

—Los rebeldes salen de sus escondites, cabo —dijo el legionario Dietz desde el otro lado del volcado “jeep”.

—Bien, por aquí hacen lo mismo. Tú y Guriev encargados de liquidar vuestra parte lo más rápidamente posible, que el fotógrafo y yo intentaremos hacer lo mismo —contestó Lanbousky, apoyando el dedo en el gatillo de su máquina.

—No siento ningún odio contra estos hombres —murmuró Mike, disponiéndose también para rechazar el ataque.

—Ni yo, pero me encanta disparar.

El sol caía perpendicularmente cuando los argelinos se lanzaron al asalto, dando furiosos gritos.

Las armas automáticas empezaron a entonar su canción de muerte, y

varios cuerpos cayeron de bruces sobre la arena.

Lanbousky y sus hombres se defendían desesperadamente. Ninguno hablaba, y Mike admiraba el sereno valor de aquellos hombres que luchaban bajo una bandera que no era la suya y que, sin embargo, lo hacían valientemente.

Un grito de agonía brotó del lado izquierdo del “jeep” y el cabo apretó los dientes al oírlo. Sabía que Dietz o Guriev habían sido alcanzados.

Las figuras de los argelinos parecían danzar ante los ojos de los defensores del coche, y, a pesar del mortífero fuego que salía de las armas, un rebelde pudo llegar hasta el “jeep”.

Saltó dentro de la pequeña zanja que defendía Guriev y, pisando el cuerpo caliente de Dietz, se abalanzó sobre su enemigo empuñando una afilada guma.

Guriev intentó defenderse con la culata del fusil, pero, al levantarlo para dejarlo caer sobre la cabeza del argelino, este hundió la hoja de la guma en el pecho del legionario.

Este se derrumbó y su cuerpo quedó tendido boca arriba. La afilada hoja le había partido el corazón.

El argelino rodeó el coche y se dispuso a terminar con los defensores del lado derecho.

Se disponía a lanzarse sobre el cabo Lanbousky, que continuaba manejando la ametralladora como un loco, cuando Mike le descubrió.

Levantó el cañón de su “Lebel” y apretó el gatillo. La ráfaga alcanzó al argelino cuando este ya había iniciado el salto.

Alcanzado en el pecho y la cabeza, cayó sobre la espalda del cabo, que no se había dado cuenta de su presencia.

—¡Defiende el lado izquierdo, Gallard! ¡Dietz y Guriev han muerto desde el momento que este tipo ha podido atacarnos por la espalda! —gritó Lanbousky, dando un empujón al cadáver que pesaba sobre él.

Mike obedeció rápidamente y de su pistola ametralladora empezaron a brotar los proyectiles para frenar el avance de los enemigos, que ya se habían lanzado al asalto.

Estos, al ver que eran recibidos con plomo, iniciaron el retroceso sin cesar de hacer fuego.

—Ahora tendremos un poco de descanso, no mucho —dijo la voz del cabo—. Puedes volver aquí, Mike. Haremos un agujero en la arena y nos cubriremos las espaldas con el “jeep”.

Mike regresó al lado de Lanbousky, y entre los dos empezaron a cavar en la arena. Poco después tenían una buena defensa, y después de cubrir los lados con la impedimenta que iba dentro del coche, solamente podían ser

atacados de frente.

—Gracias por tu ayuda —dijo el cabo, encendiendo un cigarrillo—, y como dentro de un par de horas moriremos, voy a contarte mi historia. Me reventaría largarme de este mundo sin haberlo hecho.

—No creo que me interese mucho —contestó Mike, al cual no seducía mucho la idea de tener que morir por culpa del director del “Picture Magazine”.

—Tendrás ocasión de enterarte de la noticia del año —replicó Lanbousky, lanzando una bocanada de humo.

—Ya no me interesan las noticias. He dejado de ser periodista y repórter gráfico cuando he empuñado la “Lebel”.

—¿Has oído hablar del asalto al Banco de Rock Springs, en Texas?

—Como todos los ciudadanos de los Estados Unidos. Fue el atraco perfecto. No hubo muertos, volaron la caja fuerte y desaparecieron sin dejar rastro —comentó Mike, que estaba al corriente de lo que había ocurrido.

—Interesante, ¿verdad? Yo fui uno de los hombres que realizó el “trabajo” —dijo Lanbousky con el mismo tono de voz que habría empleado para decir, “soy el propietario de las minas de oro de todo el país”.

Mike lo miró curiosamente. Veinticuatro horas atrás, las palabras de Lanbousky le hubiesen hecho dar un salto, pero en aquellos instantes solamente le preocupaba una cosa: saber cuánto tiempo le quedaba de vida.

—No comprendo qué haces aquí después de haber robado trescientos mil dólares en efectivo y el doble en acciones —exclamó finalmente, al ver que el cabo deseaba una respuesta.

—Ahora lo comprenderás todo, Mike. Cuando hayas escuchado mi relato verás que todo fue muy fácil. Si sales de esta, cosa que dudo, te vas a convertir en el periodista más famoso de nuestro país.

—Ahora solamente me gustaría ser el empleado de más baja categoría del “metro” de Nueva York.

—No sé por qué.

—Porque estaría a cinco mil millas de aquí.

Lanbousky soltó una carcajada y después examinó detenidamente la extensión de arena que tenía delante.

—Les hemos causado algunas bajas y seguramente esperan refuerzos —dijo, volviéndose hacia Mike.

—¿Cuánto tiempo pueden tardar en atacar de nuevo?

—No lo sé. Calculo que un par de horas; además, saben que nos tienen seguros y, por lo tanto, no se dan mucha prisa... Y menos mal que el “jeep” nos proporciona un poco de sombra.

—Un “jeep” que nos ha conducido al infierno —murmuró Mike.

—Eres aún muy joven, amigo, de otra forma sabrías que al infierno se puede ir de muchas formas, incluso a pie, que es la forma más idiota de morir.

—«“Jeep” para el infierno»... bonito título para un artículo.

—... Y el contenido del artículo te lo voy a dar yo. Escucha con toda atención, Mike. Así el tiempo se hará corto.

—¿Tienes prisa en morir? —preguntó Gallard, sacando su block de notas.

A pesar de lo desesperado de su situación no podía olvidar que ante todo era periodista y su amor a la profesión... ¡maldita profesión, que le iba a costar la piel!... era superior a la angustia del momento.

—No lo sé. Siempre he oído decir que los malos tragos, cuanto antes pasan, mejor. Además, mi muerte aquí, entre la arena, le va a costar un ataque de bilis a alguien que yo conozco.

—Pero no podrás verlo.

—No tiene importancia. Moriré sabiendo que lo va a tener y esto es un consuelo para mí. Existe un hombre en los Estados Unidos que daría trescientos mil dólares por mis huesos, mi piel y todo cuanto hay en mis bolsillos.

—No vales tanto, Lanbousky.

—Particularmente por una pequeña llave que hay en mi cartera —siguió diciendo el cabo, sin prestar mucha atención al mordaz comentario de Mike—. Y los buitres o los cuervos, pues no sé qué clase de bicharracos son los que vuelan en este país, lo tendrán completamente gratis.

—Cuéntame tu historia, si es que tienes interés en explicármela en este mundo. Si no tendrás que terminarla mientras volamos hacia el otro.

—Tienes razón, Mike.

El cabo Karl Lanbousky hundió la punta del cigarrillo en la arena y, entornando los ojos, empezó a hablar:

—Rock Springs es una población del Estado de Texas, muy cercana a una de las bases que la aviación emplea para construir sus aviones más rápidos. El Paso está a unas veinte millas de Rock Springs y Méjico a...

—Conozco la región. Al otro lado de El Paso está Ciudad Juárez, que ya es Méjico —interrumpió Mike, que iba tomando nota de todo cuanto decía Lanbousky.

—Todo empezó hace ocho meses —continuó diciendo este—, cuando seis hombres nos reunimos en un hotel de Rock Springs y planeamos el asalto al Banco.

“Sabíamos que en determinadas fechas había mucho dinero, ya que en la caja fuerte estaban las pagas del campo de aviación. Durante dos meses

estudiamos detalladamente las costumbres del personal del Banco. Uno de nosotros, haciéndose pasar por empleado de la compañía de teléfonos, logró enterarse de la marca del sistema de alarma e inmediatamente compramos otro del mismo modelo. Lo mismo hicimos con la caja fuerte.

“El control eléctrico era el que más nos interesaba, ya que el guardián nocturno debía registrar los aparatos automáticos de alarma a una hora justa, pero, finalmente, nuestro técnico en electricidad encontró una solución.

“En cuanto al control policial no nos preocupaba. Cada hora pasaba un agente, preguntaba si ocurría algo nuevo y después seguía su ronda.

“En una hora teníamos tiempo sobrado de hacer el trabajo y desaparecer. Después de dos meses teníamos todos los datos en nuestro poder y había llegado el momento de actuar.

“Decidimos que la mejor hora era las cinco de la mañana, porque las calles estaban desiertas y las fábricas de Rock Springs llevaban ya dos horas haciendo ruido, por lo tanto, si nosotros hacíamos un poco más, apenas se darían cuenta.

“Recuerdo perfectamente aquella mañana. Robert Glennan se quedó en el interior del coche, con un pequeño emisor dispuesto a dar la alarma si ocurría algún imprevisto.

“Lloyd Frank, el técnico en electricidad, llevaba un pequeño aparato receptor para captar la señal de Glennan, y Dusely Rutland y yo nos encargaríamos del trabajo de la caja. Cecil Dennison, otro experto en electricidad, se encargaría de desconectar todos los timbres de alarma.

“Finalmente, Robert Spillman, el hombre que había planeado el atraco, se encargaría del vigilante nocturno.

“A las cinco en punto pasó el policía y, después de comprobar que no había novedad, siguió su ronda.

“El vigilante nocturno tenía la costumbre de quedarse unos momentos en la puerta, encendía un cigarrillo y después volvía al interior del Banco.

“Durante dos meses había hecho lo mismo, y aquella mañana no fue una excepción. Había encendido el cigarrillo cuando Spillman cruzó la calle y, acercándose a la cerrada puerta del Banco, que era del tipo de barrotes de acero, con aspecto nervioso preguntó:

”—Amigo, por favor, ¿puede decirme dónde puedo hallar una farmacia? Tengo a mí pequeño muy enfermo y no puedo perder tiempo buscando.

“Mientras hablaba había apoyado ambas manos en los barrotes de la puerta, y cuando el vigilante nocturno se aproximó para indicarle una dirección, Spillman le asió por la chaqueta y de un violento tirón hizo

chocar su cabeza contra los barrotes.

“El golpe dejó sin sentido al vigilante y esto le salvó la vida, ya que de no haberlo perdido, Spillman le hubiese matado.

“El vigilante no llegó a caer. Lo sostuvo Spillman mientras Dennison, que ya había cruzado la calle, registraba rápidamente sus ropas y se apoderaba de la llave.

“En menos de un minuto la puerta fue abierta, nosotros entramos y Dennison volvió a cerrar, mientras Spillman arrastraba el cuerpo del vigilante hasta dejarlo en el interior del Banco.

“Una vez dentro, cada uno de nosotros sabía lo que tenía que hacer. Nuestros movimientos eran rápidos y seguros.

“Spillman ató al vigilante en una silla y lo amordazó. Frank se quedó junto a la puerta con el aparato receptor; Dennison desconectó todas las señales de alarma e inutilizó la alarma automática y Rutland y yo nos dirigimos hacia la caja fuerte.

Lanbousky se interrumpió para encender otro cigarrillo, y después continuó:

“Inyecté ácido sulfúrico en la capa de fieltro que, colocada bajo el batiente de la puerta de acero, aseguraba el cierre hermético.

“Quedó un hermoso intersticio y había llegado el momento de colocar el potente explosivo, que era una mezcla hecha a base de nitroglicerina.

“Moldeé dos piezas con jabón común. Una en forma de embudo y la otra de taza. Coloqué la primera en la parte superior del intersticio y la segunda al final del mismo. Con infinito cuidado y empleando una jeringuilla vertí la peligrosa mezcla en el embudo de jabón.

“Rutland, encargado de vigilar la taza inferior, me avisó cuando el intersticio estaba lleno, ya que la primera gota de la mezcla había caído en la taza de jabón.

“Había llegado la hora de colocar el detonante y de conectarlo a un hilo eléctrico. Todo se hizo rápidamente.

“Cada uno de nosotros llevaba una gran manta de lana y con ella recubrimos la caja para que la explosión quedase ahogada. Tres minutos habían transcurrido desde que habíamos entrado en el Banco, pero a mí me parecían tres meses”.

—¿Por qué usaste jabón para hacer las piezas?—preguntó Mike, que escribía con gran rapidez todo lo que decía Lanbousky y que ya se había olvidado de los argelinos por completo.

—Porque se modelaba mejor y no corría peligro de que la mezcla cayese al suelo e hiciese ¡pum! —contestó, sonriendo, el cabo.

—Continúa, por favor.

—Unimos el hilo eléctrico y dimos corriente. La explosión fue seca, pero no salió a la calle. Glennan, que sabía a la hora exacta que tenía que ocurrir, nos comunicó por el emisor que nada se había oído y que no existía alarma.

“Las dos puertas interiores siguieron el mismo camino, y ante nuestros ojos apareció el botín.

“En aquel momento, Spillman nos advirtió que el vigilante estaba recobrando el conocimiento y todos nos cubrimos los rostros con los pañuelos. Todo había ido perfectamente y no había ninguna necesidad de matar ni golpear nuevamente al vigilante.

Todo el contenido de la caja fuerte pasó al interior de tres grandes sacos de lona. Glennan nos comunicó que la calle estaba despejada y que podíamos salir tranquilamente.

“El vigilante había recobrado su lucidez y nos miraba asombrado. Frank, que fue el primero en salir, tuvo la ocurrencia de darle un beso en su brillante calva... y los demás hicimos lo mismo.

“En la puerta ya nos esperaba Glennan con el coche en marcha. Penetramos en él mientras Dennison cerraba nuevamente la puerta del Banco. Después emprendimos la huida hacia El Paso, a velocidad moderada, ya que todos los ocupantes del coche éramos “fieles cumplidores de la Ley”.

“Llegamos a El Paso antes de que en Rock Springs se hubiese dado la alarma. Con anterioridad al atraco habíamos alquilado seis habitaciones distintas en el mismo hotel, y uno a uno, con pequeños intervalos, las fuimos ocupando.

“Después nos reunimos todos en la de Spillman y examinamos el botín. Trescientos mil dólares en “pasta”, cerca de cuatrocientos mil en acciones... y un sobre con el membrete del campo de aviación y lacrado hasta parecer un tratado secreto.

“Lo abrimos y estudiamos su contenido. Eran los planos de un avión, y supongo que los del campo consideraron que la caja del Banco ofrecía más seguridad que la de ellos y por esto lo depositaron allí.

—Esto también es dinero —dijo Spillman, cerrando el sobre—... y yo me encargaré de que por él nos den más dinero del que tenemos delante.

”—Pero también lanzará al F. B. I. tras de nosotros —añadió Frank.

”—Lo hará de todas formas. No olvides que el Banco de Rock Springs es un Banco Federal.

”—Tienes razón, Spillman —contestó Frank—. Ahora vamos a por la segunda parte del plan.

“El dinero, las acciones y el sobre fueron metidos en cuatro grandes

carteras de cuero y estas cerradas con llave. A las diez en punto entramos en uno de los Bancos de El Paso... esta vez como clientes.

“Alquilamos una caja con seis llaves diferentes y encerramos las Carteras dentro. Cada uno de nosotros se quedó con una de las llaves y al salir del Banco nos dispersamos. Volveríamos a reunirnos dos meses después, en la misma ciudad y en el mismo hotel”.

—¿Por qué? No comprendo por qué no repartisteis el dinero inmediatamente.

—Por una sola razón, Mike. El atraco iba a levantar mucha polvareda. La Policía y el F. B. I. nos buscarían por todas partes y todo el país sería trillado para dar con nosotros.

—Comprendo.

—Dejando pasar dos meses, las cosas se habrían tranquilizado algo y otros atracos estarían en primer plano.

—Perfectamente pensado y planeado.

—Fue el mejor “trabajo” que he hecho en mi vida.

Y lo decía con la misma satisfacción que lo haría un artista enseñando a sus amigos su mejor obra de arte.

II

M

IKE consultó las notas que había tomado mientras Lanbousky estiraba las piernas dentro del reducido agujero que les servía de defensa.

—Transcurridos los dos meses regresé a El Paso y lo mismo hicieron mis compañeros. Fuimos llegando a la ciudad por distintos puntos y a horas diferentes.

—Yo fui el último en llegar y, al firmar en el registro del hotel, vi que la habitación de Lloyd Frank estaba junto a la mía. Debo aclararte, Mike que mi verdadero nombre es Harry Duke.

“Antes de entrar en mi habitación decidí hacerlo en la de Frank. Durante los dos meses transcurridos ninguno de nosotros había visto a nadie de los que tomamos parte en el atraco, y uno siempre siente curiosidad por saber cosas de los amigos.

“La puerta de la habitación de Frank estaba entreabierta; después de golpearla con los nudillos y en vista de que no recibía contestación, la abrí un poco más y metí la cabeza dentro.

“Eran las once de la mañana y había luz de sobra, por lo tanto, pude ver perfectamente el interior... y lo que vi me hizo entrar rápidamente, cerrando la puerta tras de mí.

“¡En el suelo y sobre dos charcos de sangre estaban Frank y Dusely Rutland!

“Me incliné sobre este último y vi que estaba muerto. Tenía tres balazos en el pecho y parecía que el que había disparado quería tener la seguridad de que no quedase con vida.

“Lloyd Frank estaba agonizando. Dos balazos en el pecho y otro en el vientre lo estaban empujando hacia el infierno. Levanté su cabeza y él abrió los ojos.

”—Ha sido... Spillman... Ha... acabado con... todos.

“Frank se interrumpió para respirar y después, casi sin voz, continuó diciendo:

”—Nos... ha quitado... las llaves... Huye, Harry, o... te matará.

“Estas fueron las últimas palabras de Frank. Iba a dejar su cabeza en el suelo cuando dos proyectiles silbaron siniestramente junto a mí mejilla.

“Me puse en pie de un salto y me lancé hacia la puerta para huir, pues

aunque no lo había visto sabía que el que disparaba, usando una pistola con silenciador, era Spillman.

“Dos proyectiles me siguieron hasta la misma puerta y se incrustaron en ella... y Spillman continuaba disparando cuando salí de la habitación.

“Spillman seguramente me vio llegar al hotel y esperó en mi apartamento para liquidarme en el mismo instante en que penetrase en él. Al ver que no llegaba, calculó que había entrado en la habitación de Frank y por la galería de comunicación pasó a esta.

“Al verme inclinado sobre el cadáver de mi amigo disparó, pero falló los tiros. Fue cuestión de suerte, ya que es un buen tirador. Hui rápidamente, incluso abandoné mi pequeño coche, pero yo no podía enfrentarme con Spillman. Él es un “gangster” y siempre va armado. Yo no. Soy un experto en cajas de caudales, pero nunca llevo una pistola.

“Spillman me acosó durante una semana. Yo dormía cada noche en un sitio distinto y comía donde podía. No me atreví a salir de El Paso porque los hombres de él seguramente vigilaban todas las vías de comunicación. Por dos veces intentó matarme en plena calle y logré escapar.

“Cogí miedo, lo reconozco. Tenía poco dinero, pero una noche hice un pequeño “trabajo”, una tontería que normalmente no me habría tomado la molestia de hacer, pero necesitaba dinero.

“Con lo que saqué del “trabajo” crucé la frontera y me metí en Méjico. Dos de los hombres de Spillman me siguieron, pero logré despistarlos. Cogí un avión y crucé el Atlántico.

“En París me puse en contacto con un par de buenos elementos. Se trataba de “reventar” la caja de una joyería, pero intervino la “poli” y hubo que huir. Como las cosas se ponían mal, me alisté en la Legión... y aquí me tienes, dispuesto a ser un héroe”.

—¿Tan peligroso es Robert Spillman? —preguntó Mike.

—Sí. No duda en asesinar. Tiene un “gang” y su campo de acción es la ciudad de New York, aunque hace lo que se presenta.

—¿Dónde están las carteras con el botín?

—En el Banco de El Paso. En el “First National Bank”, y las llaves de las cerraduras de ellas también están dentro de la caja particular.

—... Y las cinco que en unión de la tuya tienen que abrirla están en manos de Spillman.

—Sí, pero no le van a servir de nada... y espero que alguien se lo “cargue” pronto. Estaba en tratos con una potencia extranjera para venderle el sobre, y supongo que cuando vean que no puede entregarlo le den una rociada de plomo.

Mike cerró el block de notas y consultó la hora, pero Harry Duke, alias

Karl Lanbousky, le dijo:

—No te preocupes por el tiempo, ya los tenemos aquí.

Efectivamente, los argelinos se lanzaban nuevamente al asalto, y el experto en cajas de caudales se inclinó sobre la ametralladora dispuesto a hacer fuego.

...Pero un proyectil se hundió en su pecho y lo lanzó hacia atrás.

—Llegó la hora —dijo tranquilamente al ver cómo la sangre se extendía rápidamente sobre la sudada camisa—... Spillman va a sufrir su ataque de bilis cuando sepa que he muerto y que la llave se ha ido al diablo.

—¿Es grave, Harry? —preguntó Mike.

...Pero Harry Duke ya no le oyó. Solamente tuvo fuerzas para decir:

—Tenías... razón... Era un “jeep” con destino... al infierno.

Mike lanzó una mirada hacia los asaltantes y vio que aún estaban bastante alejados. El tiro que había acabado con Harry fue pura casualidad.

Un solo disparo al azar y un hombre que moría. Huyó de su país para evitar la muerte y ahora esta llegaba sobre las arenas de un desierto africano.

Mike se inclinó sobre el cadáver de Harry y le arrebató la cartera. De ella sacó una pequeña llave de complicados dientes. Arrancó todas las hojas que había escrito y buscando en su propia cartera, donde guardaba el material fotográfico, extrajo dos sobres.

Puso el relato de Harry en uno de ellos y lo cerró. Después escribió cuatro líneas en otra hoja y puso el sobre cerrado y la nota en el otro sobre, así como la llave, y también lo cerró.

Abrió su máquina de fotografiar, extrajo la película y en su lugar puso el sobre. Ajustó la tapa y dejó la máquina debajo del asiento delantero del volcado “jeep”.

Una vez hecho todo esto empuñó la pistola ametralladora y se dispuso a luchar.

Los argelinos estaban llegando y las ráfagas brotaron de las armas.

Mike fue alcanzado por varios proyectiles, pero continuó disparando hasta que agotó el cargador.

Lo último que vieron sus cansados ojos fue el cetrino rostro de un rebelde argelino y después algo sumamente frío penetró en su vientre.

Su rostro se hundió en la arena, esta llenó su nariz y su boca, ahogando un grito de dolor... y después, nada, solamente silencio. Un silencio que parecía producir daño en el cerebro.

...Si el cerebro de Mike Gallard hubiese sido capaz de registrar sensaciones...; pero el periodista americano no sentía nada, ni el devastador sol que caía sobre su nuca.

Los seis ocupantes del “jeep” permanecían diseminados a su alrededor y sus cuerpos sin vida eran pequeñas manchas en la llanura de arena.

Un “jeep” había sido el vehículo que los había llevado hasta la muerte.

III

E

El capitán Roverbal, del Ejército francés, penetró en el despacho del delegado general en Argel y, después de saludar militarmente, esperó que su superior le dirigiese la palabra.

—Bien, capitán, ¿algo nuevo?

—Nada, señor. Han desaparecido todos sin dejar rastro.

—... ¿Y el “jeep”?

—Nuestras patrullas no han descubierto nada. Incluso se ha examinado la zona desde un helicóptero de las Fuerzas Aéreas, sin obtener el menor resultado.

—Es curioso. El relevo de Ulat el Azudj desaparece y tanto el coche como sus seis ocupantes son tragados por la arena. No creo que este sea un caso muy corriente, ¿verdad, capitán? —preguntó el delegado general.

—Se han dado otros casos, señor. Los rebeldes argelinos han atacado a grupos de nuestros hombres y los han exterminado a todos. Recogen las armas y después desaparecen, dejando los cadáveres, pero después llegan los musulmanes merodeadores y se apoderan de todo lo que tiene algún valor.

—Sí, conozco la historia. Se quedan con las ropas, zapatos, etc., y entierran los muertos... pero no creo que hayan enterrado el coche.

—No, pero pueden haberlo vendido en Túnez, señor... o tenerlo escondido en cualquier lugar oculto. No olvide que nuestros hombres fueron atacados cerca del Macizo de Uarsenis.

—El hecho es que el relevo ha desaparecido completamente. Como si se hubiese esfumado en el aire.

—Llevo muchos años en Argelia, señor —dijo tristemente el capitán—, y nada me sorprende de esta región.

—El caso es —dijo el delegado general francés—que la señorita Pat Gallard, hermana del desaparecido periodista americano, llega hoy en el avión de París para hacer averiguaciones sobre la muerte de su hermano... y esto nos va a acarrear más dolores de cabeza.

—¿Puedo preguntarle por qué razón, señor?

—Porque empezará a meter las narices por todos los sitios y tendremos que sacarla de más de un apuro. Argel no es una ciudad apropiada para una

mujer... y menos ahora que el terrorismo está a la orden del día.

—Comprendo, señor.

—Hace dos meses que el “jeep” fue atacado. Sabemos, por nuestros informadores, que todos sus ocupantes fueron muertos por los argelinos, pero... ¿dónde están sus cadáveres?

—Enterrados, señor. Puede tener la seguridad de ello.

—Sí... pero, ¿dónde? —dijo el delegado—; ahí tengo una carta de nuestro embajador en los Estados Unidos diciéndome que la señorita Gallard tiene interés en recuperar el cuerpo de su hermano si es que en realidad ha muerto... ¿Creerán en los Estados Unidos que aquí se muere uno en broma?

—Desde allí no pueden comprender lo que es esto, señor —contestó el capitán al ver el enfado de su superior.

—Todas las complicaciones que van a surgir serán debidas a la presencia del periodista americano en el “jeep”. ¿Quién fue el idiota que le dio permiso?

El delegado general francés en Argel se interrumpió bruscamente al recordar que el permiso lo había concedido él mismo.

Miró al capitán y al ver que este se mordía los labios para reprimir la risa, también él sonrió, y continuó diciendo:

—Bien, capitán. Encárguese de recibir a la señorita Gallard y haga todo lo posible para que regrese pronto a su país.

—Intentaré hallar alguna pista entre nuestros confidentes de la “Cashbah”. Tratándose de encontrar solamente un cadáver, no creo que nos cueste mucho... solamente algunos miles de francos.

—El avión de París llegará dentro de tres horas, capitán. Este asunto lo confío totalmente a usted.

El capitán Roverbal salió del despacho del delegado general preguntándose mentalmente cómo sería Pat Gallard.

... y Pat Gallard, en aquellos mismos instantes, tomaba asiento en el avión de la Air France que tenía que llevarla hasta Argel.

Con mirada crítica fue mirando a los pasajeros a medida que estos iban subiendo.

Encontró caras conocidas, las mismas que habían hecho el vuelo con ella a través del Atlántico... y también rostros nuevos. Pasajeros que subían en París, una de las ciudades más maravillosas del mundo, y que descenderían en Argel, la ciudad más peligrosa de todo el norte de África.

Vio a Lester Warren, el hombre que le había llamado la atención en el mismo instante que lo vio en el aeródromo de Idlewild, en New York. Lester Warren era un agente del F. B. I... pero Pat lo ignoraba, como

también lo ignoraba Robert Spillman, otro viajero que había subido en New York.

... y lo ignoraban los dos guardaespaldas de Spillman.

Lester tomó asiento y, desplegando una revista, se sumió en su lectura, pero no leía, aunque sus ojos permaneciesen fijos en las hojas.

Su misión era un poco especial. Seguía a un hombre que no había cometido ningún delito, al menos un delito por el cual pudiese ser detenido inmediatamente.

El F. B. I. sabía que había cometido muchos, pero no existían pruebas; pero últimamente el hombre había empezado a tratar con gente sospechosa de espionaje y, poco después, emprendió aquel viaje, escoltado por dos de sus hombres.

Robert Spillman era el hombre que Lester seguía. Un rey de los bajos fondos de New York y que siempre había logrado escapar de la acción de la justicia.

Contrabando de drogas, asesinato, chantaje y una serie interminable de delitos formaban su historial... pero siempre sin dejar pruebas contra él. Ahora se hallaba en tratos con el agregado militar de una embajada extranjera en Washington.

Sometido a estrecha vigilancia desde hacía meses, todas sus entrevistas con el agregado militar extranjero habían sido controladas por el F. B. I.

Nada se pudo averiguar, ya que los dos hombres tomaban sus precauciones para no ser oídos, y fue precisamente este exceso de cautela lo que llamó la atención al F. B. I.

Cuando Robert Spillman, seguido de sus dos guardaespaldas, subió en el reactor “Boeing 707”, de la compañía T’A, el agente especial Lester Warren iba pegado a sus talones.

... y en París no se despegó, aunque Lester se preguntaba muy intrigado si Argel era el punto final o solamente una escala.

Robert Spillman, siguiendo las indicaciones de las azafatas, se abrochó el cinturón de seguridad y, cuando el aparato despegó del aeródromo de Orly, lanzó una mirada hacia la ciudad, que empezaba a extenderse ante sus ojos.

...pero el “boss” no estaba para contemplar paisajes ni cuidarse de la belleza de las ciudades.

Lo que en realidad estaba haciendo era maldecirse a sí mismo por un error cometido meses atrás. Una equivocación que ahora le obligaba a abandonar sus muchos negocios —todos sucios— que tenía en New York para volar hacia Argel, la ciudad en donde la gente se mataba, lanzaba bombas y se acuchillaban por algo que él no entendía.

Para Spillman esto era muy lógico, siempre que reportase dinero. El mismo lo había hecho muchas veces. La ametralladora, la bomba y el cuchillo eran “herramientas” que conocía bien; en cambio, empezaba a tener sus dudas sobre su eficiencia con la pistola.

“Fallar a Harry Duke —se decía mentalmente mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad—, fallarlo seis veces consecutivas y a poca distancia fue la mayor idiotez de mi vida”.

Sin darse cuenta, el pensamiento se convirtió en un murmullo, y Chuck, uno de sus hombres que iba sentado a su lado, preguntó:

—¿Qué pasa, jefe?

Spillman volvió a la realidad y, mirando a su satélite, replicó de mal talante:

—¡Que no quiero oír tu voz, cállate de una vez!

Chuck miró a Pernocari, el otro hombre de Spillman, y ambos se encogieron de hombros ante la explosión de mal genio de su jefe.

Robert Spillman volaba hacia Argel para entrevistarse con Jacques Brasseur, un hombre que había trabajado para él en diversas ocasiones y que siempre le había dado un buen resultado.

Leyó nuevamente el telegrama que este le había mandado y una sonrisa apareció en sus labios.

“Localizado Harry. No quiere regresar a casa. Usted puede convencerlo. Urge presencia suya. Jacques”.

El francés sabía dónde estaba Harry Duke y Spillman iba en su busca. Cuando Harry desapareció sin dejar rastro, él había mandado su foto a todos sus “corresponsales”, y Brasseur había trabajado bien... aunque no con rapidez, pero lo cierto es que, finalmente, Harry estaba a su alcance.

Este pensamiento lo puso de buen humor y, volviéndose hacia Chuck, le dijo:

—Viajar siempre calma los nervios. Viajaremos a menudo.

—Sí, jefe.

—Cuando lleguemos a Argel vamos a tener trabajo. Hay que buscar a un tipo y dejarlo en condiciones de ser enterrado rápidamente.

La perspectiva de acabar con Harry y apoderarse de la última llave aumentó el buen humor de Spillman, y llamando a la bella azafata pidió “whisky” para él y sus dos hombres.

Lester Warren los contempló mientras bebían y también él sintió sed. Se volvió ligeramente para llamar a la azafata y sus ojos tropezaron con otros de hermosas tonalidades verdes.

Pat sostuvo la mirada y sus labios empezaron a extenderse esbozando

una sonrisa... y Lester se olvidó de pedir el “whisky”.

También él sonrió alegremente y, sin apartar la mirada de Pat, dijo:

—¡Hola! parece que vamos al mismo sitio.

—¿Solo lo parece? —preguntó burlona la muchacha.

Lester se preguntó a sí mismo cómo diablos se las arreglaba siempre para empezar diciendo tonterías. Claro que después las cosas marchaban sobre ruedas, pero sus principios con todas las mujeres eran fatales.

—Cuando hablo sobre mujeres siempre digo “parece” —contestó, apoyando un brazo en el respaldo del asiento para estar más cómodo.

Pat iba sentada detrás de él, junto al pasillo, y junto a ellos, al otro lado, iban Spillman y sus dos canes.

—¿Por qué razón? —preguntó Pat estirando sus perfectas piernas.

—Porque tratándose de mujeres no hay nada seguro... ni la tranquilidad de uno mismo.

—En mi caso es completamente seguro que voy a Argel y no pienso cambiar de opinión —replicó rápidamente Pat.

—También yo voy a la misma ciudad y ahora, menos que nunca, dejaría de ir.

—¿Negocios?

—Sí, y voy a liquidarlos. No quiero que algún terrorista me los vuele.

—Yo voy a recuperar el cadáver de mi hermano.

Era Mike Gallard —dijo la muchacha, borrando la sonrisa de sus labios.

Lester conocía perfectamente la historia del repórter del “Picture Magazine”. Todos los periódicos de los Estados Unidos habían publicado extensos reportajes sobre su muerte en Argelia.

—Lo siento, señorita Gallard, y si me necesita para algo estoy a su disposición. Conozco Argel perfectamente.

—Gracias. Espero que su cadáver ya haya sido encontrado y no tenga que molestar a nadie —respondió Pat, pensando que sería agradable contar con la ayuda de Lester.

Chuck se inclinó sobre el oído de Spillman y murmuró:

—Este tipo salió de New York en el mismo avión que nosotros y la muñeca también. No me gusta y me parece que nos andan siguiendo.

—Chuck, siempre he dicho que eras un estúpido con sombrero caro. Toda la gente que salió de New York e iba a Argel tenía que coger los mismos aviones que nosotros.

—Sí, pero...

—Además, ya has oído lo que ha dicho la chica. Va a recoger el fiambre de su hermano. ¿Has leído los periódicos?

—Sí, los leí todos.

—Entonces ya conoces la historia. Ahora cállate hasta que yo te dé permiso para seguir diciendo burradas.

—¿Y el tipo?

—Tiene negocios en Argel. ¿Te has vuelto sordo?

Chuck calló, pero su estrecha mente continuó haciendo un trabajo bastante duro: pensar...

Pernocari, el otro “killer”¹ de Spillman, era un hombre frío e insensible. Él no pensaba, mataba.

El avión de la Compañía Air France siguió su ruta. El vuelo 707 no ofrecía dificultades.

IV

T

RES personas esperaban al avión de la línea París-Argel.

En realidad lo esperaban muchas más, pero tres de ellas parecían las más interesadas... aunque también eran las más tranquilas, a pesar de consultar continuamente sus relojes.

Una era el capitán Roverbal y las otras dos eran dignas de estudio.

Jacques Brasseur y su explosiva hija Christine, Chris para los amigos.

Jacques era un hombre de cincuenta años, de pequeña estatura, y su aspecto demostraba claramente que era un buen aficionado a la célebre cocina francesa.

Su rostro colorado y redondo, de pequeños ojos que casi quedaban ocultos por los montones de carne de sus mejillas, parecía estar al borde de la congestión.

Vestía completamente de blanco... y su hija también. Lo cual, en lugar de unirlos, lo que hacía era separarlos. Ya que el contraste resaltaba mucho más.

Christine era la versión moderna de la Victoria de Samotracia, pero con cabeza, con una hermosa y firme cabeza perfectamente asentada sobre sus hombros.

... y como la vieja escultura griega, los vestidos se pegaban a su cuerpo para demostrar claramente que la Anatomía es una de las asignaturas más interesantes de la carrera de Medicina.

Alta, esbelta y perfectamente proporcionada, era una mujer muy capaz de arrancar un silbido de admiración al más flemático de los súbditos de Su Graciosa Majestad británica... lo cual es algo tan insólito que pocos seres lo han podido contemplar.

Chris era hija de una mujer árabe y de Jacques Brasseur. De su madre había heredado el cabello y los ojos negros, y de su padre...

...de su padre había heredado muchas cosas y ninguna buena. Ambos creían que la Ley era algo tan molesto como un grano en el pescuezo, por esta razón no la conocían... ni la deseaban.

Jacques tenía un viejo cafetín en la “Cashbah” y Chris era la mayor atracción. Bailaba danzas moras y enloquecía a los clientes. Algunos de ellos habían muerto en el interior del cafetín, pero no de emoción. Existen

sensaciones que dan calor al corazón, pero los clientes de Jacques habían muerto por todo lo contrario. Frío en el corazón; el frío que produce una hoja de acero penetrando por la espalda hasta llegar al órgano vital.

Cuando el avión de París aterrizó sobre la pista, Jacques estudió a los pasajeros mientras iban descendiendo por la pasarela, y, al reconocer a uno, exclamó:

—Ya lo tenemos aquí, hija. Cuídalo, mívalo y no lo dejes escapar. Recuerda el cuento de la gallina de los huevos de oro.

—¿Es la gallina... o el huevo? —preguntó Chris siguiendo la mirada de su padre.

—Las dos cosas, querida hija... y se puede dar el caso de que se transforme en una hermosa gallina clueca que empolle más gallinitas que, a su vez, continúen dando huevos de oro.

—Dime quién es antes, no estalle de curiosidad. Sabes que todo lo que tenga relación con el oro me interesa enormemente.

—Aquel —respondió Jacques, señalando a Robert Spillman, que salía del edificio de Aduanas seguido de sus dos “ayudantes”.

Chris poseía un desarrollado sentido del humor y, por lo tanto, dejó escapar una alegre carcajada al ver a Spillman.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jacques sorprendido.

—Es la primera vez que veo una gallina sin cuello, padre.

Efectivamente, Robert Spillman era un hombre peligroso, pero su aspecto era totalmente ridículo.

Tan bajo como Jacques y casi tan gordo, parecía uno de estos muñecos que los chiquillos construyen con nieve. Su cabeza, cubierta con un sombrero tirolés adornado con una pluma de perdiz en la cinta, parecía arrancar de un agujero que existiese entre sus hombros.

Sus brazos, demasiado largos para su corto cuerpo, se movían desacompañadamente al andar, y sus cortas piernecitas ayudaban a completar el cuadro. Así era Robert Spillman, uno de los cerebros privilegiados del imperio del crimen, por no decir que en realidad era el “único cerebro”.

—No te rías, Chris. Este hombre es más peligroso que el sol de mediodía en el desierto. Quema y destruye.

—No me reiré... ni cuando me haga el amor.

Detrás del trío de “gangsters” iba Pat y, a su lado, Lester Warren.

Mientras Jacques y su hija salían al encuentro de Spillman, el capitán Roverbal saludaba militarmente a Pat Gallard.

—Señorita, soy el capitán Roverbal, del ejército francés, y encargado de darle la bienvenida a esta tierra, como también expresarle nuestro pesar

por la muerte de su hermano.

—Gracias, capitán. Le presento a míster Lester Warren, de New York.

El agente del F. B. I. saludó al militar y este devolvió el saludo con toda cortesía.

—¿Cuándo podré hablar con el delegado general, capitán? —preguntó Pat, siguiendo a Roverbal hasta el amplio vestíbulo del aeródromo.

Lester también les siguió, aunque sus ojos vigilaban a Spillman y a los que le acompañaban.

Pat y el capitán se detuvieron junto al grupo formado por Jacques, el trío de “gangsters” y la explosiva muchacha, y los ojos del agente tropezaron con los negros de Chris y ambos se miraron con interés.

Lester era un hombre de algo más de seis pies de estatura. De anchos y poderosos hombros y recia musculatura. No se le podía llamar guapo, porque no lo era, pero sus facciones resultaban agradables y simpáticas.

Sus ojos recorrieron todo el cuerpo de Chris de arriba abajo... y después a la inversa. Finalmente se detuvieron en el borde inferior de la corta falda.

No es que le preocupase mucho la calidad de la tela. Lo que había detenido su vista habían sido las bronceadas piernas, que contrastaban fuertemente con lo blanco del vestido.

Iba a seguir su examen cuando la voz del capitán Roverbal le hizo aterrizar nuevamente sobre el suelo de Argel.

—Cuando quiera, señorita, pero creo que yo podré contestar a todas sus preguntas; además, estoy autorizado para hacerlo. La situación es muy crítica y delicada en la ciudad y el delegado general apenas podría atenderla. Le ruego que sepa comprendernos y disculpamos.

—¿Mi hermanó ha muerto realmente, capitán?

—Desgraciadamente, sí.

—En este caso me haré cargo del cadáver y regresaré a los Estados Unidos lo más rápidamente posible.

—El caso es... —empezó a decir el capitán.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pat al ver la vacilación del militar francés.

—... que no hemos podido hallar su cuerpo, señorita. Formaba parte de una pequeña unidad que iba destinada a un poblado interior llamado Ulat el Azudj... y nunca llegaron a su destino.

Christine, que seguía mirando a Lester, pareció prestar gran atención al oír el nombre del poblado. Su padre, seguido de Spillman y de los dos “boys”, iba a abandonar el vestíbulo, cuando la bella mujer se lo impidió.

Jacques conocía perfectamente a su hija y sabía que cuando hacía algo que aparentemente no tenía razón de ser, en realidad la tenía.

Jacques siguió hablando con Spillman y dejó que Christine siguiese la

pista o el rastro que la retenía allí.

—Bien... —dijo Lester a su vez—; esas cosas suelen ocurrir en la guerra, pero los cadáveres se entierran cuando son recuperados.

—Lo lamentable en este caso es que no lo han sido, míster Warren —contestó el capitán.

—No lo comprendo —murmuró Pat.

—Se lo explicaré detalladamente, señorita, pero no aquí; es algo largo y necesita tiempo. Piense que esto no es ni Europa ni los Estados Unidos. Es África, y en este continente existen muchas cosas que nosotros no comprendemos.

—No obstante, y pase lo que pase, regresaré a los Estados Unidos con el cuerpo de Mike... aunque para ello tenga que pasarme seis meses en Argelia —dijo la muchacha con firmeza.

—No será necesario, señorita Gallard —contestó Roverbal—. Tenemos buenos informadores entre los árabes y alguno localizará el lugar en donde se halla enterrado el cuerpo de su hermano. Tengo orden del delegado general para que le sea prestada toda la ayuda necesaria. Ahora, si le parece bien, la acompañaré hasta el “Hotel Carrée”. Tengo un coche esperando y el delegado se tomó la libertad de mandar reservar unas habitaciones a su nombre.

—Gracias, capitán. Son ustedes muy amables —dijo Pat y, volviéndose hacia Lester, preguntó—: ¿Dónde se hospeda, míster Warren?

—En casa de un amigo, señorita, pero cuando usted haya descansado un poco pasaré a visitarla.

—Esperaré su visita —contestó Pat, despidiéndose del agente.

Lo mismo hizo el capitán Roverbal, y Lester les vio alejarse. Pat Gallard volvió la cabeza y el agente le sonrió cariñosamente.

—¡Lástima de muchacha! —murmuró al ver que subía en el coche y este se ponía en marcha—. Tiene una papeleta difícil de resolver... y desagradable.

Christine, al ver que Pat y el capitán habían partido, hizo una seña a su padre y todo el grupo abandonó el vestíbulo del aeródromo, en donde únicamente quedó Lester.

—¿Algo interesante, Chris? —preguntó Jacques, mientras la muchacha se sentaba al lado de Spillman, en el asiento trasero del coche que los estaba aguardando.

—Sí, padre... y mucho.

—A casa, ordenó Jacques cuando todos se hallaban ya en el interior del gran automóvil, propiedad del francés.

El conductor, un hombre de tez cetrina y ojos negros, cuidadosamente

peinado y vestido de blanco, pero llevando una camisa negra, obedeció silenciosamente.

Spillman lo miró curiosamente y, tocando el hombro de Jacques, que iba sentado al lado del conductor, preguntó:

—¿Argelino?

—No, Spillman. Mis hombres todos son corsos. Gente fiel, seguros y valientes. Nunca hablan, aunque los torturen. Este es Rizzo.

El conductor no pareció prestar atención a la curiosidad del americano. Con los ojos fijos hacia adelante, conducía con gran seguridad.

—¿Dónde está Harry? —preguntó Spillman, que deseaba hacer la pregunta desde que había puesto el pie en tierra.

—Muerto —respondió Jacques sin pestañear.

—¿Cómo? —gritó Spillman, dando un salto en el asiento.

—Cálmese, Robert —dijo Chris, apoyando su bien cuidada mano sobre un hombro del “gangster”—... todo tiene solución en Argel.

—Pero...

El furor empezaba a apoderarse de Spillman y tanto Chuck como Pernocari esperaban uno de sus clásicos estallidos de mal genio. Spillman trató de dominarse al sentir la cálida mano de la muchacha y continuó diciendo:

—... he cruzado el Atlántico, parte de Francia y el Mediterráneo para matar a Harry y ahora resulta que está muerto.

—Tiene razón, Robert, pero le explicaremos lo ocurrido —contestó Chris con su acariciadora voz.

Spillman examinó a la mujer detenidamente. Lo hacía por primera vez y su mirada fue deteniéndose en cada una de las pronunciadas curvas de aquel cuerpo perfecto.

Chris sintió un escalofrío, pero rápidamente se repuso. Había sido mirada de muchas formas, algunas veces incluso como una pieza digna de ser cazada o de pasar a formar parte de una colección, pero nunca como la estaba mirando Spillman.

—Tú y yo tenemos muchas cosas que explicarnos, pequeña —contestó el americano, apoyando una de sus manos sobre la pierna de la bella muchacha.

—Ya hemos llegado —dijo Jacques, mientras el coche se detenía ante una estrecha callejuela.

Descendieron rápidamente y mientras seguían a Jacques, Rizzo se llevó el coche.

El francés les hizo penetrar por una pequeña escalera y los llevó hasta dos grandes habitaciones amuebladas a la europea.

—Esto es el piso superior de mi cafetín, Spillman. Estas puertas laterales son reservados y, desde ellos, se puede contemplar toda la sala inferior.

—Bien, Jacques, puede ser que necesite uno de ellos dentro de poco —respondió Spillman, mirando a Christine de tal forma que ella tuvo la impresión de que la ropa se encogía sobre su cuerpo.

Pero resistió perfectamente aquella mirada e incluso la devolvió, aceptando la invitación.

—Escucha, Spillman... —empezó a decir Jacques.

—Un momento, amigo —interrumpió este—. Mis hombres necesitan descansar, así es que ya os estáis largando a la otra habitación.

Chuck y Pernocari no se hicieron repetir la orden y desaparecieron.

—Continué —ordenó Spillman cuando se hallaron solos.

—Harry Duke llegó a Argel formando parte de una unidad de la Legión Extranjera. Se había alistado con el nombre de Karl Lanbouski. Todo esto lo descubrimos poco después de haber recibido la foto que de él nos mandaste.

Jacques Brasseur hablaba sin levantar la voz, ya que los dos hombres de su amigo estaban en la otra habitación y no existían puertas de separación, y había observado que Spillman no deseaba que ellos se enterasen de la naturaleza de sus “negocios”.

—Mis muchachos no son muy listos, Jacques, y a veces no comprenden lo que oyen; en cambio, son dos perfectos verdugos. Matan sin hacer preguntas —dijo Spillman al ver que el francés se había sorprendido cuando hizo salir a Chuck y Pernocari.

—Eres un hombre muy listo, Robert —dijo Chris, que no se había sentado y en aquellos momentos estaba encendiendo un largo cigarrillo.

—Gracias, Christine —respondió halagado el “gangster”, contemplando la pierna que el ajustado vestido moldeaba en su totalidad.

—Bien... —continuó diciendo Jacques—, cuando descubrimos su verdadera identidad intentamos pescarle poniendo cerca de su boca un buen bocado. Una de las muchachas que baila en el cafetín. Todo iba perfectamente, pero la noche que tenía que subir aquí recibió orden de salir hacia un poblado llamado Ulat el Azudj.

—Aquella misma noche te puse el telegrama, Robert —añadió Chris, lanzando el humo de su cigarrillo hacia el “gangster”.

—... Pero Harry fue muerto antes de llegar al poblado por los argelinos que luchan contra Francia. No obstante, era necesaria su presencia en Argel; por lo tanto, no te mandamos otro aviso.

Cuando Jacques terminó de hablar, Spillman empezó a hacer preguntas

con gran rapidez. Se había olvidado de Chris ahora y solamente pensaba en el “negocio”...: un estupendo asunto si salía bien... y una ráfaga de ametralladora si salía mal.

Spillman sabía que los hombres con los cuales había tratado para la venta de los planos que contenía el sobre robado en el Banco de Rock Springs no admitían bromas... ni querían testigos de sus maquinaciones. Si él entregaba los planos, todo era distinto, ya que el propio Spillman sería el primer interesado en que nadie se enterase.

—¿Sabes si tenía alguna llave pequeña? —fue la primera pregunta.

—Sí; uno de sus compañeros nos dijo que nunca se separaba de ella.

—¿Dónde la tenía?

—En su cartera.

—¿Dónde está esa cartera ahora?

—Supongo que en el cadáver del falso cabo Lanbousky.

—Y si no está allí, ¿dónde puede estar?

—En dos sitios. O en manos de los argelinos que lo mataron o en poder de algún árabe de los que se dedican al pillaje en el desierto.

—¿Sabes dónde puede estar el cadáver de Harry?

—No... y será difícil de saber. Los árabes no sueltan prenda fácilmente.

—Habrá dinero en abundancia para el que diga algo seguro.

—Puede que así encontremos a alguien que hable, pero ten presente, Spillman, que si los merodeadores del desierto han enterrado los cuerpos de los seis hombres que iban en el “jeep”, lo hicieron para que no se cargase su muerte sobre ellos.

—Pero nosotros no somos la Policía... y tú tienes muy buenos resortes que tocar.

—Se hará todo lo posible, Spillman. Lo primero es saber dónde están los cadáveres. Si la cartera ha desaparecido, al saber el lugar donde fueron enterrados los seis hombres podrá saber casi con certeza quiénes fueron los autores del trabajo.

—... y aún podemos hacer otra cosa —añadió Chris.

... y rápidamente explicó la conversación que había oído entre el capitán Roverbal y Pat Gallard. Al terminar, Spillman dejó escapar una exclamación de alegría.

—Roverbal es un hombre de grandes influencias y muy listo —comentó Jacques.

—Yo me encargaré de vigilar a la muchacha, padre, mientras tú buscas por otro lado. Si Roverbal logra localizar el sitio donde fueron enterrados Harry Duke y los otros cinco, nosotros no tendremos otro trabajo que seguirles... y si somos nosotros los primeros en hallarlos, mejor —dijo

Christine.

—Esta misma noche mis hombres y yo nos instalaremos en el hotel “Carrée”, y así la tendremos más cerca —dijo Spillman.

—De acuerdo, Robert; yo la vigilaré durante el día y tus hombres por la noche, mientras bailo.

—Chris no puede abandonar el cafetín a las horas del espectáculo... —aclaró Jacques—. Alguien podría encontrarlo extraño, y en Argel las cosas extrañas terminan mal. Hay muchos intereses por todos lados.

—¿Puedes invitarme a una taza de café, Chris? —preguntó Spillman, que sin el sombrero tirolés resultaba menos ridículo.

—Encantada, Robert —respondió la muchacha, poniéndose en pie y abandonando la habitación para dar las órdenes oportunas.

* * *

Un hombre esperaba pacientemente en una miserable tienda de la “Cashbah”.

Lester Warren sabía que Argel era fin de ruta. Robert Spillman andaba metido en un negocio sucio de gran envergadura. De no ser así no hubiese abandonado su feudo de New York, expuesto a que la “competencia” lo anulase durante su ausencia.

Cinco dólares entregados a un sucio muchacho árabe le habían proporcionado una amplia información sobre el cafetín “Zocco”, sobre su propietario y una completa descripción de la bellísima Chris.

—Es bella la bailarina, ¿verdad, señor? —preguntó el muchacho, guardando los cinco dólares.

—Sí, amiguito, demasiado —respondió Lester sinceramente.

—Cuando la vea bailar se enamorará de ella. A todos les ocurre lo mismo —dijo el pequeño árabe, alejándose dando saltos de alegría por haber ganado un dinero tan fácilmente.

—Por lo visto Christine Brasseur es un peligro, tanto como el FLN, las bombas y las ráfagas... pero si tengo que morir en Argel, prefiero que sea ella quien me mate —se dijo Lester mientras examinaba una babucha de complicado dibujo con un ojo... el otro no se apartaba de la puerta que daba entrada al piso superior del cafetín “Zocco”.

E

L comedor del hotel “Carrée” no estaba muy concurrido.

Lester fue el primero en llegar a él y ocupó una mesa situada a la izquierda de la orquesta y, desde donde podía dominar perfectamente la entrada y todo el amplio salón.

En su habitación del primer piso, la número 11, había seis pares de babuchas, dos cinturones, tres objetos de oro... que no lo eran, y una larga pipa de agua.

Todo lo había comprado en la tienda situada cerca del “Zoco”, mientras esperaba la salida de Spillman y sus dos verdugos a sueldo.

La espera había sido bastante larga, pero al anochecer salieron los tres y se encaminaron hacia el hotel “Carrée”.

Lester, cargado con las babuchas, la pipa y los demás objetos los fue siguiendo, tomando toda clase de precauciones. Los tres tipos de los bajos fondos de New York le habían visto en el avión de la Compañía T'A durante el vuelo New York-París, y también durante el trayecto hacia Argel.

Antes no había intentado ocultarse, porque hubiese resultado inútil. Un avión no es un tren ni un barco; pero si ahora lo descubría no iban a dudar mucho en rellenarlo de plomo.

Seguir a un hombre por la calle siempre es un trabajo fácil para un agente del F. B. I., y Lester llegó al hotel “Carrée” detrás de sus hombres.

Desde la calle les vio registrar sus nombres en el libro y recoger las llaves de sus habitaciones, y cuando Spillman, seguido siempre de sus dos sombras, penetró en el ascensor y este se puso en marcha, Lester entró en el hotel.

Pidió habitación y encargó que recogiesen su equipaje, que había dejado en la consigna del aeródromo. Al inscribir su nombre en el registro recorrió rápidamente la hoja.

Spillman, Chuck y Pernocari ocupaban tres habitaciones alternas en el primer piso. Sus números eran los 3, 5 y 7.

—¿Qué habitación tiene la señorita Gallard?—preguntó después de firmar.

—La número cuatro, señor Warren. En su mismo piso y delante mismo

del número tres.

—Gracias... ¿Ha salido?

—No, señor; pero ha reservado mesa para la cena.

—¿A qué hora se cena en este país?

—A partir de las diez, señor.

—De acuerdo. Manden inmediatamente a por mí equipaje. Quiero cambiarme lo antes posible.

Una vez en su habitación, lanzó las babuchas, la pipa, los cinturones y los objetos de oro falso sobre la cama, exclamando:

—¡Me han tomado el pelo como si fuese un turista!

Media hora después, sus dos maletas entraban en la habitación... y entre ellas iba un botones. Sostenía una de cada mano y el sudor corría por su rostro.

—Su equipaje, señor.

—Muy bien, chico; ¿cuántos años tienes?

—Quince, señor.

—Nadie lo diría —contestó Lester, mirando fijamente al reducido botones—, tienes toda la pinta de no haber cumplido siete.

—El gerente del hotel dice que el cliente siempre tiene razón —dijo el botones con aire resignado.

—Vamos a partir la diferencia. Tienes doce.

—Sí, señor, doce.

—Ahora presta atención a lo que voy a decirte. Toma cinco dólares por haber arrastrado las maletas hasta aquí.

—Gracias, señor; muchas gracias —dijo el muchacho con los ojos brillando de alegría—. Y de verdad tengo doce años.

—... y ahora coge estos otros diez dólares, pero me vas a hacer un favor.

—Todos los que quiera.

—Si alguien te pregunta algo sobre mí le dices que has oído algo a las personas serias de que soy un peligroso contrabandista de armas.

—Sí, señor, pero... ¿es contrabandista?

—No. Lo que ocurre es que soy... bueno, supongo que me guardarás el secreto, ¿verdad?

—¡Seguro! —respondió el muchacho, apoyando su mano derecha sobre el corazón.

—Soy un hombre de negocios de los Estados Unidos, pero quiero descansar unos días. ¿Comprendes?

—Sí, señor... y nadie sabrá nada por mí.

—Gracias, muchacho —replicó Lester, estrechando la mano del

botones con la misma seriedad que hubiese empleado para saludar al presidente de los Estados Unidos.

Al entrar en el comedor, el botones le guiñó un ojo en señal de complicidad y Lester sonrió mientras se sentaba.

Poco después entró Robert Spillman, vestido como una persona, cosa bastante anormal en él.

Lester le vio moverse entre las mesas con la misma elegancia que un pato andando sobre un cristal... y detrás iban dos estirados polluelos.

Al pasar junto a su mesa, Lester se levantó y con aire de persona gratamente sorprendida exclamó:

—¡Qué agradable casualidad, míster Spillman! Creí que había continuado el viaje hacia el Sur.

El “gangster” se detuvo y estrechó la mano que amigablemente le tendía el agente del F. B. I.

—No, míster Warren; yo, igual que usted, me he quedado en Argel. Asuntos financieros; ¿ya conoce usted a mis secretarios?

—Sí. Tuve el placer de conocerlos durante el vuelo New York-París. Buenas noches, señores.

Tanto Chuck como Pernocari respondieron usando su mejor educación... o sea, gruñendo.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Lester, que se estaba divirtiendo de lo lindo al ver la cara de Chuck.

—No, gracias; tenemos una mesa reservada y esperamos a unos amigos —respondió Spillman.

—Otro día, entonces —replicó Lester sentándose nuevamente—; pero me voy a permitir una pequeña libertad, míster Spillman. No se ponga cosas de peso en los bolsillos. Se deforman rápidamente... Observe la arruga que le hace la americana.

Spillman miró hacia el punto que le señalaba Lester... y sintió deseos de mandarlo al infierno.

La arruga era el peso de la pistola, pero ya Lester se había puesto nuevamente en pie y, abriendo su americana, decía:

—Yo no llevo nada en los bolsillos.

Chuck recorrió rápidamente con la niñada todo el cuerpo del agente y pareció sufrir un gran desengaño al no ver ningún arma.

—Gracias, tendré en cuenta su consejo —dijo Spillman, siguiendo su camino hacia la mesa reservada.

Lester se recostó en el respaldo de la silla y empezó a saborear un “martini” seco que el camarero había dejado encima de la mesa.

—Este tipo no me gusta nada —dijo Chuck cuando estuvieron sentados

—; nos viene siguiendo desde New York.

—A mí tampoco me gusta, pero no nos sigue. ¿Cuándo has visto tú que un perseguidor se levante a saludar al hombre que sigue? —dijo Spillman, tratando de comprender la carta, escrita en francés y con platos de nombres complicados.

—¡Nos sigue, jefe! —insistió Chuck.

—¡Te voy a volar la cabeza aquí mismo, estúpido! —dijo Spillman entre dientes.

Chuck se calló, pero durante unos instantes sometió a su cerebro a un tenaz esfuerzo, y, finalmente, se levantó y sin decir palabra se fue hacia el encargado del libro-registro.

Lester le vio hablar con él y también observó el movimiento negativo del empleado del hotel.

“No podemos dar información sobre los clientes”.

El agente sabía que Chuck estaba escuchando esta frase... y no se equivocaba. El “gangster” iba a regresar a su mesa cuando descubrió al pequeño botones colocado junto a la entrada del comedor.

Algo parecido a un destello de lucidez pasó por la estrecha mente de Chuck y, sonriendo con aire triunfal, se acercó al muchacho y, poniendo un dólar en su mano, le preguntó algo.

Lester seguía la escena interesado. El botones hizo signo para que Chuck se inclinase y le dijo algo al oído.

Este iba asintiendo con la cabeza y poco a poco una expresión de estupidez quedó reflejada en su rostro. Cuando el botones terminó de hablar, Chuck regresó a la mesa de Spillman.

—¿Qué has averiguado, detective? —preguntó al ver que no soltaba prenda.

—Me ha dicho el muchacho que Warren es muy conocido en este hotel. Que es un hombre muy peligroso, que se dedica al contrabando de toda clase de armas y explosivos.

—Un competidor a su manera —dijo Pernocari, que desde la salida de New York había pronunciado siete frases.

—¡Nos sigue, jefe! —dijo Spillman, imitando el tono de voz de su compinche—. Mira lo que sigue tu míster Warren.

Chuck miró hacia la mesa del agente y descubrió a Pat Gallard saludando a Lester, y a continuación se sentó ante él.

—No esperaba encontrarlo aquí, míster Warren —dijo la muchacha.

—Mi amigo salió de Argel sin dejar aviso y, al estar sin domicilio, pensé que aquí estaría bien... y aquí me tiene.

—¿Estará mucho en Argel, míster Warren?

—Mi nombre es Lester, señorita Gallard.

—... y el mío, Pat —respondió la muchacha con una sonrisa.

—Bien, Pat, espero que cuando nos sirvan el pescado ya seremos excelentes amigos, nos tutearemos y nos habremos contado nuestra infancia —dijo Lester al ver que el camarero servía los entremeses.

—Dicen que una buena cena es un vínculo muy fuerte —contestó Pat, consultando el menú para saber cuándo servirían el pescado.

—Hay algo que une más que la cena, Pat... y es una mala digestión. Nunca puedes olvidar a la persona que estaba delante tuyo.

—En este caso, es conveniente que cenemos fuerte.

Los platos fueron servidos a su debido tiempo, mientras la conversación seguía entre los dos jóvenes.

—¿Qué piensas hacer mañana? —preguntó Lester.

—Ir de compras— respondió Pat.

...encima de la mesa, entre ellos, había un sabroso lenguado. Lester no se había equivocado, el pescado los encontró ya siendo buenos amigos.

—Si piensas comprar babuchas, no lo hagas; yo tengo media docena de todos los tamaños y colores.

—Saldré temprano. El capitán Roverbal me ha dicho que va a activar todas las gestiones.

—Te esperaré aquí, y en el caso de que no pudiera estar, te llamaría por teléfono —dijo Lester, que no podía trazar planes por su cuenta.

—De acuerdo, Lester; ahora me voy a dormir. Me siento muy cansada.

—Te acompaño hasta la puerta de tu habitación. Vivo en el mismo piso, en el número once.

Los dos jóvenes abandonaron el comedor y los ojos de Spillman les siguieron hasta que penetraron en el ascensor.

—Esa es la mujer, muchachos. No hay que perderla de vista. Si sale de noche hay que seguirla a donde vaya, ¿entendido?

—Sí —respondió Chuck.

Pernocari se limitó a inclinar la cabeza afirmativamente.

También Spillman se levantó y abandonó el comedor, mientras sus dos hombres estudiaban la forma de montar la vigilancia.

Finalmente, decidieron hacerlo desde sus propias habitaciones, ya que desde ellas dominaban perfectamente la puerta de Pat.

Poco a poco fueron cesando los ruidos del hotel y un profundo silencio se extendió por los pasillos y salones del hotel “Carrée”.

Todo el mundo descansaba. Las personas decentes estaban en la cama, pero Chuck nunca lo había sido, y Pernocari, que hablaba poco y siempre con gran seriedad, decía que su amigo no solamente no era honrado, sino

que no conocía a ninguna persona que lo fuese.

Con lo cual demostraba claramente la clase de tipo que era Chuck... y él mismo.

Pernocari era uno de los más fríos asesinos del hampa. Mataba con verdadero placer. Odiaba a toda la humanidad, y sus pensamientos eran tan retorcidos como los muelles de su pistola.

... y a pesar de no ser una persona decente, Pernocari dormía a pierna suelta mientras Chuck vigilaba.

Había entreabierto la puerta, y desde allí, sentado en una silla, no apartaba los ojos de la habitación de Pat.

A las cuatro de la mañana le relevó Pernocari, que, con cara de sueño, se limitó a preguntar:

—¿Qué?

—Nada. Aquí no pasa nada por la noche. Este es un país sin emociones.

—¡Lárgate! —dijo Pernocari sin muchas ceremonias.

Chuck no se hizo repetir la orden. Le gustaba trasnochar, pero cuando había mujeres, bebida y juego, pero, particularmente, mujeres. Unas faldas, fuesen largas o cortas, eran para él una tentación... una tentación tan fuerte como una caja fuerte o un uniforme de policía.

Hijo de italiano y de una negra de Harlem, su tez tenía una rara coloración. Siempre daba la sensación de estar sucio... y lo estaba.

Odiaba a los negros y detestaba a los blancos. Solamente sentía simpatía hacia Robert Spillman porque este le facilitaba el cumplimiento de su único deseo: matar.

Chuck era una bellísima persona... para ser ahorcada, arrastrada por las calles de cualquier ciudad o lanzada al fondo del mar con un peso al cuello.

Todas las muertes eran buenas para él... menos morir sentado. No podía resistir la idea de ser electrocutado o gaseado. No, él no quería morir sentado y, en realidad, esta era la única muerte que merecía.

Su carrera era larga y brillante, a pesar de no haber asistido a ninguna Universidad. Joven, muy joven, se había aficionado al juego, y desde este vicio, el único que no admite límite, había ido saltando de delito en delito, hasta convertirse en lo que era: un asesino a sueldo.

Cada cadáver tenía un precio... y Chuck lo cobraba. Si el precio había sido elevado, el “buenazo” de Chuck asistía al entierro de su víctima, no por curiosidad morbosa. No, Chuck era más delicado...; acudía solamente para contemplar su obra, igual que un honrado artesano acudía a ver su trabajo expuesto en un escaparate.

Chuck dio un golpecito a su pistola antes de meterse en la cama, e igual que Pernocari, durmió profundamente a pesar de no ser una persona

decente.

... y es que ambos, igual que mucha gente del hampa, no podían comprender que pudiesen existir dos clases de seres: ellos... y los otros.

Los que trabajan, se afanan y sufren toda clase de calamidades para seguir una vida difícil, pero siempre dentro de la Ley.

Chuck incluso se permitió el lujo de roncar, y Pernocari, que lo oyó, exclamó entre dientes:

—El cerdo de Chuck se está civilizando. Ronca más suavemente.

El esfuerzo de esta larga frase, aunque no fue pronunciada, pareció agotar las reservas de Pernocari, que andando como un gato fue en busca de una botella de “whisky” y bebió directamente de ella.

Regresó a su punto de observación y continuó su vigilancia.

Pat dormía apaciblemente. La idea de que su hermano había muerto formaba parte de su vida desde hacía dos meses y la tristeza y el sufrimiento habían dejado paso a una serena conformidad.

Era joven, bonita e inteligente, y la vida le ofrecía muchas compensaciones, una de ellas Lester Warren...; sí, la vida era desagradable a veces, pero no siempre.

En la habitación número once, el agente del F. B. I. no dormía. Trataba de relacionar a Jacques Brasseur con Robert Spillman.

Ambos eran dos perfectos canallas, de ello no existía la menor duda... ¿pero qué relación existía entre ellos y un lejano agregado militar de una embajada extranjera en Washington?

Después estaba aquella perturbadora mujer. Christine Brasseur. Demasiado bonita, elegante e inteligente para ser una simple bailarina de cafetín...

Al llegar aquí, Lester interrumpió sus pensamientos y se limitó a encogerse de hombros.

De una de las maletas sacó una pistola “German-Luger” y empezó a limpiarla.

Cuando terminó el trabajo la cargó y se metió en la cama, dejando el arma al alcance de su mano. Tenía el presentimiento de que la iba a usar muy pronto.

VI

P

AT se detuvo delante de una pequeña tienda dedicada a la compraventa de objetos.

Había salido del hotel aquella mañana dispuesta a hacer unas compras, y se había adentrado en la “Cashbah”, buscando lo más típico de Argel.

Sonrió al ver unas babuchas en el escaparate de una tienda. Recordaba lo que le había dicho Lester la noche anterior.

Siguió mirando los objetos amontonados sin orden en el reducido escaparate, y sus ojos se detuvieron en una máquina de fotografiar.

Ahogó una exclamación de sorpresa y rápidamente entró en la tienda.

Un árabe cubierto con la clásica chilaba, le salió al encuentro, dispuesto a venderle la tienda entera... si la pagaba al doble de su verdadero precio.

Christine Brasseur pensó que Pat se había metido en un buen lío. Por experiencia, conocía a los comerciantes árabes y sabía que la bella americana iba a comprar cosas que no necesitaba y que ni tan solo deseaba comprar.

Había seguido a Pat desde que esta salió del hotel, y al ver que entraba en la tienda de compraventa decidió entrar ella también.

Pat señaló hacia la máquina de fotografiar colocada en el escaparate y solamente preguntó:

—¿Cuánto vale?

El árabe empezó a hablar rápidamente en su lengua mientras sus manos se movían con gran rapidez.

—¿Cuánto vale? —repitió Pat, aprovechando una pausa que el árabe había hecho para respirar a fondo.

Otro torrente de palabras moras salió de sus labios y sus manos continuaron azotando el aire.

—¿Cuánto vale? —preguntó Pat por tercera vez.

—Cincuenta mil francos —respondió rápidamente el comerciante en perfecto francés.

—No le haga caso, señorita —dijo Christine penetrando en la tienda—; se la dará por la mitad y aún ganará bastante.

Pat miró a la recién llegada y sonrió amistosamente, diciendo:

—Gracias, señorita, por su ayuda, pero tengo mucho interés en comprar

la máquina de fotografiar y estoy dispuesta a pagar...

—No diga la cantidad... —interrumpió Christine—, estos árabes son muy amantes del dinero.

La conversación entre las dos mujeres era en inglés y el comerciante adivinaba que con la entrada de Chris había aparecido un enemigo.

La hija de Jacques Brasseur empezó a hablar rápidamente en árabe, mientras el comerciante empezaba a retorcerse las manos y daba principio a una serie de quejas y lamentos.

Diez minutos largos duró la escena, finalmente el árabe se encogió filosóficamente de hombros y abrió los brazos en señal de abatimiento.

—Veinte mil francos, señorita, y la máquina es suya —dijo victoriosamente Christine.

—Ha sido una batalla dura —comentó sonriente Pat.

—Es la normal del país. Pedir el doble y después entablar una lucha para mantener el precio. Nuestro comerciante ha ganado dinero con la venta, pero su mayor satisfacción ha sido la discusión que ha sostenido conmigo.

Pat entregó el dinero al árabe y este puso la máquina de fotografiar en manos de la muchacha.

Las dos mujeres salieron de la tienda y Pat invitó a Chris a tomar café.

Esta aceptó y se dirigieron hacia el hotel “Carrée”, y sentadas en el bar empezaron a hablar animadamente.

—Lo que no comprendo —decía Chris después de dejar la taza sobre la mesa— es cómo ha comprado usted esta máquina, cuando en su país las hay a montones y mucho más baratas.

—Tiene una explicación. Esta máquina perteneció a mí hermano, y cuando la vi en el pequeño escaparate la reconocí inmediatamente. Esta fue la razón de mi interés.

—Comprendo; los recuerdos siempre nos atraen con fuerza.

Mientras Pat explicaba su historia, la mente de Chris no cesaba de trabajar.

Robert Spillman tenía mucho interés en localizar el cadáver de un hombre que viajaba en el mismo “jeep” que Mike Gallard. La verdadera causa de este interés era desconocida para Jacques y su hija, pero tenía que ser algo muy importante para que el “gangster” se hubiese desplazado a Argel.

Si el hermano de Pat era repórter gráfico era muy lógico pensar que no se había desprendido de la máquina de fotografiar antes de partir hacia el poblado de Ulat el Azudj, ya que iba allí para hacer un reportaje gráfico.

Pat continuaba hablando, pero Chris, a pesar de asentir con la cabeza,

no prestaba atención a las palabras.

Si el aparato fotográfico había aparecido en la tienda del árabe es que había llegado allí después de la muerte de los ocupantes del “jeep”... y el hombre que lo había vendido al comerciante tenía que ser uno de los que atacaron a Mike Gallard y a los cinco soldados que viajaban con él.

... o podía ser un merodeador del desierto que se había aprovechado de los restos de la lucha.

Fuese lo que fuese, el hombre que vendió la máquina sabía dónde estaban los cadáveres de los seis hombres del “jeep”... y ella y su padre tenían que localizarlo.

Pat terminó su relato al mismo tiempo que Chris llegaba a esta conclusión.

La bailarina del “Zocco” se puso en pie y se despidió de Pat. Tenía que regresar rápidamente al cafetín y cambiar impresiones con su padre.

Las dos mujeres se estaban despidiendo cuando entró Lester, que se dirigió directamente hacia el mostrador y pidió un “martini”.

Apoyó una de las piernas en el alto asiento y miró a su alrededor.

No demostró ninguna sorpresa al ver a Pat en compañía de la explosiva Christine Brasseur... aunque la sintió.

Tenía la impresión de que aquella mujer no bacía nada sin calcularlo previamente. Era un hermoso ejemplar... pero también el tigre es bello, pero es tigre.

La vio salir del bar y dirigirse hacia la salida del hotel y no pudo evitar el sentir admiración hacia ella, pero sus elegantes movimientos le recordaban el cauteloso paso de una tigresa dispuesta para la caza nocturna.

Seguramente Lester se hubiese sorprendido al saber que, efectivamente, Christine pensaba ir de caza aquella noche... y la pieza era un hombre.

—Hola, Pat, eres muy madrugadora —dijo, cuando la muchacha pasó por su lado.

—¡Oh, perdóname, Lester!... Estaba tan sumida en mis propios pensamientos que no te había visto.

—¿Has ido a dar un paseo por la ciudad en plan de turista? —preguntó Lester, señalando la máquina de fotografiar que Pat sostenía en la mano.

—No, al contrario. Fui a comprar algunas chucherías para llevarme a los Estados Unidos y encontré esta máquina.

Pat iba a continuar hablando cuando el capitán Roverbal penetró en el bar y se dirigió rectamente hacia ellos.

—Buenos días —saludó amablemente.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó Pat después de devolver el saludo.

—Por desgracia todo sigue igual, señorita, aunque no desesperamos de

hallar un dato que nos pueda poner sobre la pista.

—¡Yo tengo ese dato, capitán! —aseguró Pat.

—¿Usted? —aseguró Roverbal, incrédulo.

—Sí. Esta máquina que tengo en la mano perteneció a mí hermano. Yo misma se la regalé poco antes de partir hacia Argelia... y él nunca la hubiese vendido.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó el capitán, interesado.

Pat relató rápidamente todo lo ocurrido aquella mañana, sin olvidarse de la ayuda prestada por la bella Christine, y los dos hombres escuchaban atentamente.

—Este aparato le fue robado a mí hermano. No sé cuándo, si antes o después de morir, pero de una cosa estoy cierta: que él no lo vendió.

—Yo me enteraré de esto —contestó el capitán Roverbal—, voy a interrogar al comerciante y veré lo que saco de él.

—¿Cuándo lo hará? —preguntó Lester.

—Podría hacerlo ahora mismo, pero no lograría nada. Estos árabes de la “Cashbah” son muy complicados. En su tienda no me diría nada; en cambio, si mañana lo hago conducir a mí despacho, será mucho más locuaz... y no vamos a perder nada por retrasar el interrogatorio durante unas horas.

—Usted sabe lo que es más conveniente, capitán —respondió Pat.

Pero Lester no era de la misma opinión. Sabía que a veces las cosas se complican rápidamente y que un lapso de algunas horas era vital, según en qué clase de asuntos.

... Pero él no podía intervenir. Aquel asunto pertenecía al capitán Roverbal y era él quien tenía que solventarlo.

Pat se despidió de los dos hombres y se encaminó hacia su habitación, mientras el capitán se dirigía a su despacho para preparar la entrevista con el comerciante árabe.

Lester pidió otro “martini” y lo fue bebiendo a pequeños sorbos.

Robert Spillman permanecía aún en su dormitorio y sus “secretarios” tampoco habían dado señales de vida.

Lester decidió hacer una visita nocturna al cafetín “Zocco”. Existía alguna relación entre Jacques Brasseur y Robert Spillman y estaba temiendo que también existiese con Pat Gallard, ya que el encuentro de la muchacha con Christine resultaba un poco forzado.

—Veremos qué ocurre —murmuró abandonando el bar.

Cuando Lester penetraba en el ascensor que tenía que llevarlo hasta el primer piso, Christine Brasseur entraba en la habitación superior del “Zocco”, donde su padre estaba fumando tranquilamente.

—¿Algo interesante, hija? —preguntó sin moverse del diván en donde estaba tumbado.

—Sí, padre; y esta noche Rizzo y otro de los muchachos van a tener trabajo.

—¿De qué se trata?

—De un comerciante de la “Cashbah”. Compró un aparato fotográfico que perteneció a Mike Gallard, el hombre que iba con Harry Duke, alias Karl Lanbouski —contestó la muchacha, tomando asiento junto a su padre.

—¿Qué quieres saber?

Las preguntas de Jacques eran hechas sin levantar apenas la voz, como si en realidad no le interesase gran cosa el asunto, pero Christine sabía que era todo lo contrario. Sus pequeños ojos brillaban de interés.

—A quién compró la máquina... y después iremos en busca del que la vendió y él nos dirá entonces dónde la encontró.

—... y si las cosas ocurrieron como nosotros pensamos, también nos dirá dónde están enterrados los cadáveres de los seis hombres que viajaban en el “jeep”.

—... y que se fueron al infierno directamente —terminó Chris, que cuando estaba a solas con su padre usaba un lenguaje bastante expresivo.

—¿Qué hacemos con nuestro amigo Spillman, la gallina de los huevos de oro? —preguntó Jacques, sacudiendo indolentemente la ceniza de su largo cigarrillo.

—Conservarlo. Aún no sabemos por qué tiene tanto interés en hallar el cadáver de Lanbousky y nosotros no podemos hacer nada hasta descubrir sus planes.

—Recuerda que se interesó por una pequeña llave... solamente por una insignificante llave.

—No lo olvido, padre.

—¿Puedes decirme para qué se usan las llaves en Norteamérica?

A pesar de lo idiota de la pregunta, Christine no respondió rápidamente. Sabía que su padre tenía algo en la cabeza y que a pesar de su aparente indiferencia su cabeza trabajaba intensamente en aquel asunto.

—Para abrir puertas, cajones, cajas acorazadas y... —respondió la muchacha finalmente.

—No sigas. Para abrir cajas acorazadas. Voy a mostrarte algo. Tu padre es muy aficionado a la lectura.

Jacques separó un par de grandes almohadones y aparecieron gran número de periódicos.

—Los he leído todos —dijo, señalándolos con la mano—, y me he enterado de muchas cosas interesantes. Hace algunos meses hubo un robo

muy importante en una ciudad de los Estados Unidos. Una caja de un Banco fue volada... y Harry Duke era experto en esos trabajos...

—¿Cómo lo sabes? —interrumpió la muchacha, interesada.

—Cuando la gallina de los huevos de oro nos mandó la foto del tipo me tomé la molestia de buscar toda clase de informes sobre el señor Duke.

—Tú siempre tan calculador —sonrió Christine.

Jacques salió de, su indolencia y empezó a hablar con rapidez, exponiendo su opinión.

—Este robo lo hicieron seis hombres. Dos meses después, cuatro tipos fueron asesinados en el hotel de otra ciudad, no muy alejada del lugar donde se efectuó el asalto al Banco.

—¿Crees que lo hizo Spillman? —preguntó Christine, que iba comprendiendo la idea de su padre.

—... O Harry Duke o quizás los dos de común acuerdo. Lo realmente interesante es que el botín no fue repartido, ya que entonces no tendrían razón de ser los cuatro “fiambres”. La “pasta” está oculta en la caja fuerte de algún Banco y falta la llave que tenía Lanbousky para poder abrirla y sacar el botín.

—¿Solamente se puede abrir con la llave que falta?

—Seguramente hay otras, pero estarán en poder de Spillman.

—Así es que tenemos que recuperar la del fallecido Lanbousky y después encontrar las de la gallina de oro.

—... O acompañar a nuestro amigo a su país y “ayudarlo” cuando recupere todo el dinero—terminó de decir Jacques, recostándose nuevamente en el diván.

—Espero que hayas acertado en tus deducciones, padre —dijo la muchacha, levantándose—. Me voy a avisar a los muchachos para el trabajito de esta noche.

—Usaremos el reservado del fondo. Es a prueba de gritos, aunque estos sean de comerciante árabe.

* * *

Este estaba muy lejos de pensar que iba a tener una noche muy agitada. En realidad estaba preocupado, ya que un soldado le había entregado una citación para la mañana siguiente.

Tenía que presentarse al despacho del capitán Roverbal y él sabía que no lo iba a pasar muy bien. Siempre es desagradable tener que soportar un interrogatorio por parte de los militares y él no tenía la chilaba muy limpia.

Había anochecido y era hora de cerrar la tienda. Contó las ganancias del

día y con una sonrisa de satisfacción cerró la puerta.

La venta de la máquina fotográfica le había reportado un gran beneficio. Se guardó la llave entre los pliegues de la chilaba e iba a emprender el camino hacia su casa cuando dos hombres salieron de un oscuro portal, y uno de ellos le dijo:

—Si tienes mucho interés en abrir la tienda mañana, síguenos sin rechistar.

El comerciante iba a protestar, pero el mismo hombre continuó diciendo:

—En el bolsillo de mi chaqueta hay una pistola que se dispara muy fácilmente... y un árabe muerto siempre es un mal comerciante.

—No te preocupes, Rizzo —dijo el otro hombre, sacando de su bolsillo una navaja de resortes—. Con esto lo puedo abrir en canal exactamente igual que a un cerdo.

El árabe sabía que tenía todas las de perder, y por esto no protestó cuando Rizzo le dio un empujón y le hizo andar las estrechas y mal iluminadas calles de la “Cashbah”.

Al llegar delante de una oscura escalera fue introducido en ella violentamente y, tropezando en los peldaños, cayó al suelo.

Un feroz puntapié en los riñones le levantó con gran rapidez, y una serie de golpes en la espalda le ayudaron a subir.

Al llegar arriba fue introducido en una amplia y desnuda habitación y poco después dos nuevos personajes se reunieron con Rizzo y su compañero.

El árabe había sido lanzado a un rincón y acurrucado en él contemplaba al hombre y a la mujer que habían entrado. Nada bueno se podía esperar del gordo Jacques Brasseur.

Su fama de asesino era bien conocida en la “Cashbah” e incluso los criminales más famosos del barrio le temían.

Allí, el comerciante sintió un escalofrío de terror al reconocerle.

—Bien, amigo Alí, hace algunos años que no hemos tenido negocios —dijo Jacques apresando al árabe por las ropas del pecho y levantándolo en vilo.

—Sí... hace... tiempo—tartamudeó Alí.

—Tengo que hacerte unas preguntas... y quiero una contestación clara y rápida.

Alí miró a su alrededor. Junto a Jacques estaba su bella hija y detrás de ellos permanecían Rizzo y el otro hombre que le habían capturado.

Mal se estaban poniendo las cosas para Alí. Las preguntas de Jacques serían peligrosas para él. Si no hablaba, el francés le mataría... y si lo hacía,

le matarían los otros, los hombres del desierto.

—Esta mañana has vendido una máquina de fotografiar.

El comerciante respiró. Si solamente se trataba de aquello, no tenía ningún inconveniente en hablar.

—... Y quiero que me digas a quién se la compraste —siguió diciendo Jacques.

Alí, con el rostro lívido, trató de tragar saliva. La segunda parte del deseo del francés era la muerte para él.

—No recuerdo bien, Jacques. Hace mucho tiempo que la compré. Me parece recordar que fue a uno de los hombres que trabajan en los muelles.

—¡Mientes! —gritó Jacques, cruzando la cara del árabe.

—¡No, Jacques, digo la verdad! —trató de defenderse Alí.

El francés hizo un signo y Rizzo y su compañero se apoderaron del árabe y después de arrinconarlo empezaron a golpearle ferozmente.

Los dos hombres hacían su “trabajo” con verdadera saña y, diez minutos más tarde, Alí, con todo el rostro lleno de sangre y la chilaba desgarrada, cayó sobre las rodillas, diciendo:

—¡Basta... hablaré!

Jacques se colocó delante de él y durante unos instantes le miró fijamente, mientras el árabe iba recobrando la respiración.

—Estoy esperando, Alí, ¿o prefieres tratar con Rizzo y Angelo?

—No... La compré a uno de los árabes del Macizo de Uarsenis.

—¿Cuándo?

—Hace tres días —contestó rápidamente Alí.

—¿Cómo se llama ese hombre y dónde puedo encontrarlo?

—Es Kidal el Malek y está en mi propia casa. Tenía que partir mañana, pero antes de hacerlo ha querido saber lo que quiere el capitán Roverbal.

—¿Qué tiene que ver el capitán contigo? —preguntó intrigado Jacques.

—No lo sé, pero mañana me espera en su despacho.

—Seguramente Roverbal ha llegado a la misma conclusión que nosotros —dijo Christine, que había permanecido impassible durante todo el interrogatorio de Alí.

—Sí, el capitán conoce tan bien como nosotros los negocios de nuestro comerciante. Para nadie es un secreto que es el corresponsal en la ciudad de los merodeadores del desierto.

Al terminar de hablar, Jacques hizo un significativo ademán y Angelo, con una repugnante sonrisa entre los labios se aproximó al castigado comerciante y, abriendo la navaja de resortes, la hundió fríamente en el cuerpo de Alí.

El comerciante dejó escapar un escalofriante grito de angustia mientras

se doblaba sobre sí mismo... y Angelo repitió el golpe una y otra vez, hasta que el desgraciado se derrumbó de bruces.

—Listo, patrón —dijo, mientras se inclinaba para limpiar la hoja en las vestiduras del muerto.

—Bien, dejadlo aquí... y ahora traedme a este Kidal el Malek, pero no lo estropeéis mucho. Tiene que hablar muy claro.

Rizzo y Angelo no se hicieron repetir la orden, Jacques les vio salir y murmuró:

—Buenos chicos... y el pobre capitán Roverbal se ha quedado sin información.

—Lo cual es una verdadera pena —añadió Christine, consultando su pequeño reloj.

—Tienes tiempo, hija —dijo Jacques al ver el movimiento de Christine —; tu primera actuación es dentro de una hora y los muchachos regresarán inmediatamente.

No se equivocó. Diez minutos después otro árabe era introducido a empujones en la misma habitación en donde había muerto Alí.

—Ahí lo tiene, patrón. Es manso como un corderillo —dijo Rizzo.

Jacques no se movió. Con su cuerpo ocultaba el cadáver de Alí para que el recién llegado no pudiese descubrirlo.

—De acuerdo, muchachos. Vamos a ver qué nos cuenta este caminante del desierto.

El árabe se removió inquieto. No tenía la conciencia muy tranquila y las autoridades francesas de Argel se hubiesen alegrado muchísimo si Nidal el Malek hubiese desaparecido del mapa de Argelia.

—Kidal... empezó diciendo Jacques—, tenemos mucho interés en saber dónde están seis cadáveres y un “jeep”... tanto interés que incluso estamos dispuestos a...

Jacques hizo una estudiada pausa y después, muy lentamente, se fue separando hacia la pared, para que el cadáver de Alí, aún caliente, quedase a la vista.

—... A sacrificar a otro hijo de Alá. Tu amigo el comerciante Alí ha sido el primero; tú puedes ser el segundo.

Kidal el Malek miró el cuerpo del hombre que había sido su amigo, y su cetrino rostro no demostró la menor emoción; después, hablando en francés, contestó:

—La vida es bella... y más en estos tiempos. Pregunta y yo te contestaré.

—Así es fácil que llegues a viejo, Kidal. ¿Dónde están los cuerpos de los seis hombres que iban en un “jeep”?

—Enterrados.

—Lo supongo, ¿pero, dónde?

—Muy cerca de mi poblado. Puedo llevaros hasta allí esta misma noche.

—¿...Y el “jeep”? —continuó preguntando Jacques.

—Enterrado también. No podíamos dejar huellas.

—¿Quién hizo el trabajo?

—Mis hombres. La vida en el desierto es dura y hay que vivir.

—Esta misma noche nos conducirás hasta allí... pero no quiero encerronas, Kidal. Tú irás atado.

—Como tú quieras. La fuerza siempre es una razón de peso —contestó, burlonamente, Kidal el Malek.

Christine salió de la habitación para ir a interpretar su primer número. Ella sería la encargada del “Zocco”, mientras su padre emprendía su corto viaje.

VII

L

ESTER iba a penetrar en el cafetín cuando dos individuos empujaron violentamente a un árabe y lo introdujeron en la estrecha escalera en donde anteriormente había visto entrar a Spillman, a Jacques Brasseur, a su hija y a los dos hombres del “gangster” de New York.

Pero ahora Spillman y sus dos sabuesos estaban en el hotel durmiendo tranquilamente, por lo tanto, lo que estaba ocurriendo aquella noche no era obra de ellos.

Y que estaba ocurriendo algo era bien palpable. El árabe no entró por su voluntad.

El agente del F. B. I. decidió esperar en la estrecha y sucia callejuela. Tenía que saber lo que ocurría, ya que se estaban dando demasiadas coincidencias.

Spillman se relacionaba con Brasseur, su hija trababa amistad con Pat... y la muchacha buscaba el cadáver de su hermano, lo cual, a simple vista no tenía ninguna relación.

Pero Lester sabía que las cosas más inverosímiles solían aparecer muy claras cuando uno tenía paciencia para ir analizando tranquilamente todos los datos.

Después de veinte minutos de espera vio salir a los dos hombres que habían introducido al árabe, y poco después los vio regresar empujando a otro, sin grandes muestras de delicadeza.

El segundo árabe siguió el mismo camino que el primero y Lester pensó que era conveniente seguir vigilando.

Media hora después salieron cuatro hombres de la estrecha escalera.

Los dos que habían salido anteriormente, Jacques Brasseur y el árabe que había entrado en segundo lugar. Este último iba atado, y en cuanto al primero, no aparecía.

“Tengo la impresión de que uno de los fervientes hijos de Alá se halla ya entre las huríes del Profeta” —murmuró, al ver que el grupo se alejaba hacia la salida de la “Cashbah”.

—¿Está el coche listo?

La pregunta, hecha por Jacques, llegó perfectamente hasta los oídos del agente.

“Van lejos... pero yo me quedo. Vayan donde vayan, el final del viaje será mi amigo Spillman. La actividad de Brasseur ha empezado cuando él ha llegado a Argel... y yo no puedo perder de vista a mí hombre” —pensó, al ver cómo el grupo se perdía entre las sucias callejuelas.

Iba a penetrar en el “Zocco”, pero pensó que quizá Spillman acompañaría a Brasseur, y decidió regresar rápidamente al hotel.

Al llegar a él tropezó con el pequeño botones y, dándole una propina, preguntó:

—¿Sabes si mi amigo míster Spillman ha salido?

—No, señor; está durmiendo.

—Bien —respondió Lester, penetrando en el ascensor.

También él se acostó rápidamente, pensando que seguramente el día siguiente sería un día muy agitado.

Jacques Brasseur había empezado a moverse y esta actividad del francés era muy sospechosa.

VIII

A

LLI no había nada. Solamente seis cadáveres.

—¿Registraste todas las ropas? —preguntó Chris, que estaba vestida de una forma capaz de quitar la respiración a cualquiera.

—Sí. Todo, incluso las vestiduras de Kidal el Malek —respondió Jacques que tenía cara de sueño—. Solamente encontré esto.

Al pronunciar estas palabras, lanzó sobre la pequeña mesa un rollo de película fotográfica.

Los ojos de Christine se iluminaron con un destello de alegría y, apoderándose de la película, la examinó curiosamente.

—Solamente podía pertenecer a Mike Gallard —murmuró para sí.

—Esto no sirve para nada —dijo Jacques de mal humor.

—¿Dónde la encontró Kidal?

—Antes de morir, Angelo lo “trabajó” a fondo y juró por Alá que lo había hallado junto al volcado “jeep”, tirada sobre la arena del desierto.

—Creo que vamos a encontrar la llave mucho antes de lo que nos pensábamos, padre. Escucha. Kidal era un árabe del desierto, nunca había visto una máquina fotográfica y si la había visto, no sabía manejarla, por lo tanto, es fácil que dijese la verdad antes de morir.

—No comprendo tu pensamiento.

—Tú me has dicho que la máquina la encontró debajo del asiento del “jeep”... lo cual quiere decir que alguien la ocultó allí.

—No sé por qué razón crees esto.

—Porque la película estaba tirada sobre la arena. Durante el combate no era el momento más oportuno para las fotos.

—¿Quieres decir que Lanbousky quitó la película y en su lugar ocultó la llave? —preguntó intrigado Jacques.

—O Mike Gallard, no olvides que este también era americano. Lo cierto es que la película tirada en la arena no tiene ninguna razón lógica... Solamente, que en su lugar se puso otra cosa.

—¡Diablos, tienes razón!... y la máquina la tiene la hermana de Gallard.

—Justo. Ahora vamos a mandar a nuestro amigo Spillman a viajar. Ya que tiene tanto interés en hallar el cadáver de Harry Duke o Kard Lanbousky, Angelo le acompañará hasta allí. ¿Enterrasteis los cadáveres

otra vez?

—No, no era un trabajo muy agradable.

—No importa... Y mientras Spillman viaja, Rizzo y yo nos encargaremos de recuperar la máquina. Será un trabajo fácil.

—Ahora mismo llamo a Spillman al hotel —dijo alegremente Jacques.

Y antes de abandonar la habitación se volvió hacia su hija y dijo:

—Una vez solucionado este negocio, abandonaremos Argel y regresaremos a París. Esta tierra se está poniendo muy caldeada... y aún se pondrá más.

—No te olvides de la “Police”, padre. La guillotina es un mal barbero.

—El dinero da derecho a elegir la navaja... y también el barbero. No lo olvides, con dinero en abundancia todo se puede comprar.

—Espero que no te equivoques —dijo Christine cuando ya Jacques había cerrado la puerta.

Rápidamente empezó a vestirse. Tenía que hacer una visita al “Hotel Carreé” aquella misma mañana... y le acompañaría Rizzo.

Mientras la bella muchacha se vestía, Lester estaba contemplando a Pat Gallard.

Cada día la encontraba más bonita. Rubia, de ojos verdes y con un cuerpo que nada tenía que envidiar al de Chris.

Sentados en el bar del hotel esperaban la llegada del capitán Roverbal y, al mismo tiempo, Lester vigilaba la salida, por si Spillman abandonaba el hotel.

Pat, con la máquina fotográfica entre las manos, decía:

—Quería salir a tomar unas fotos, pero no puedo abrir el aparato para cambiar la película. Se ve que recibió algún golpe y ha quedado algo encajado.

—Déjame —pidió el agente del F. B. I. tomando la máquina.

Empezó a manipular en ella y había sonado un “clic” cuando el capitán Roverbal llegó junto a ellos.

El rostro del militar parecía la estampa de la desolación. Estaba completamente pálido y sus labios temblaban de nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigado Lester, cesando de tocar la máquina.

—Algo completamente inesperado —respondió el militar—... pero aquí no podemos hablar.

—Subamos a mí habitación —dijo Pat, poniéndose en pie y empezando a andar hacia el ascensor.

Los dos hombres la siguieron y ninguno habló hasta que llegaron a la habitación de la muchacha y Roverbal cerró la puerta.

—Bien, ya puede decírnos el motivo de estas precauciones —dijo Pat.

—El comerciante que le vendió la máquina ha sido asesinado y su cuerpo ha aparecido tirado en una de las callejuelas de la “Cashbah”.

Las palabras del capitán sorprendieron a Pat, en cambio Lester las escuchó sin alterarse.

—¿Por qué? —preguntó Pat, que no comprendía nada.

—No lo sabemos; suponemos que fue una venganza de algún grupo de rebeldes o de alguien que tenía interés en que no hablase conmigo esta mañana.

“Esto ya se aproxima más a la verdad —pensó Lester—... y me jugaría el viaje de regreso que el muerto es el árabe que vi entrar ayer noche en el “Zocco”.

—Capitán... —dijo en voz alta—, ¿puedo ver el cadáver de ese hombre?

—Desde luego —respondió sorprendido el militar—, pero no comprendo el interés que pueda tener en ello.

—Cuando tenga la seguridad de una cosa le daré una amplia explicación. Hacerlo ahora sería prematuro.

—Como usted quiera. ¿Cuándo quiere ver el cadáver?

—Ahora mismo. Tengo la impresión de que no podemos perder mucho tiempo, capitán.

—Le daré una tarjeta para que pueda usted entrar en la “Morgue” —contestó Roverbal mientras la escribía.

—¿Temes algo, Lester? —preguntó Pat.

—Sí. Argel es una ciudad muy agitada y toda Argelia resulta tan peligrosa como un polvorín a punto de estallar.

Cuando el capitán Roverbal le entregó la tarjeta, el agente del F. B. I. abandonó rápidamente el hotel y cogió un taxi.

Al entrar en él se dio cuenta de dos cosas. Que aún conservaba la máquina de fotografiar y que el trío de “gangsters” abandonaba el hotel.

Les vio penetrar en el interior de un coche en donde ya les esperaba Brasseur y partir a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad.

—Bien —murmuró Lester, mientras el taxi emprendía la marcha hacia la “Morgue” de Argel—, si no me equivoco nos encontraremos todos juntos en el cafetín “Zocco”... y en cuanto a la máquina, ya se la devolveré a Pat cuando regrese.

Al llegar al depósito de cadáveres no perdió mucho tiempo. Rápidamente expuso lo que deseaba y un hombre le acompañó hasta la larga sala en donde estaban los cadáveres.

Se detuvieron ante una fría mesa de mármol y la sábana que cubría el

cuerpo del comerciante árabe asesinado fue retirada.

Lester lo reconoció inmediatamente. A pesar de haberle visto solamente un instante y de la escasa luz reinante en la callejuela, el resplandor del anuncio luminoso del “Zocco” le permitió ver sus facciones.

—Gracias —dijo cuando abandonaba el depósito.

Penetró nuevamente en el taxi y dio la dirección del hotel. Mientras el coche cruzaba calles, su mente continuaba trabajando.

No existía ninguna clase de duda de que Jacques Brasseur había mandado asesinar al árabe, pero, ¿por qué? Alguna relación tendría con Robert Spillman.

Luego estaba el otro árabe, el viaje nocturno y finalmente el que habían emprendido momentos antes los cuatro hombres.

Lester pensó que Spillman buscaba algo... y este “algo” lo tenía que proporcionar Jacques; pero quedaba la incógnita de Christine. ¿Por qué razón había buscado la amistad de Pat?

—Poco a poco se resolverá todo —murmuró mientras descendía del taxi y, después de abonar la carrera, penetraba en el hotel.

Subió por la escalera, ya que el ascensor estaba en el último piso y no quería perder tiempo esperando.

Llegó ante la habitación de Pat y empujó la puerta, que estaba entreabierta. Esto le llamó la atención, pero pensó que sus amigos habían pedido alguna bebida y el camarero se había dejado la puerta abierta.

Entró en la habitación y un inesperado cuadro se ofreció ante sus ojos.

Todo aparecía revuelto y los muebles caídos. Parecía que un huracán hubiese penetrado por la abierta ventana y se hubiese dedicado a cambiar todo el contenido de la habitación.

El diván estaba volcado y junto a él estaba el cuerpo ensangrentado del capitán Roverbal.

Lester se arrodilló a su lado y, levantando la cabeza del militar francés, le apoyó en una de sus rodillas.

Roverbal abrió los ojos y, haciendo un esfuerzo, murmuró:

—Se... la... han... llevado.

Un hilillo de sangre se escapaba por entre las comisuras de sus labios.

—Fueron... los... hombres de... Brasseur.

La cabeza del capitán se dobló sobre uno de sus hombros y Lester creyó que había muerto, pero el valiente militar hizo un esfuerzo sobrehumano y continuó diciendo:

—Buscaban... la máquina...

Todo el cuerpo sufrió una convulsión y quedó inerte entre los brazos del agente del F. B. I. El capitán Roverbal no había muerto, solamente

había perdido el conocimiento a causa de la pérdida de sangre y de las cuatro heridas que, causadas por una navaja, cubrían su pecho y vientre.

Su estado era gravísimo y Lester llamó urgentemente una ambulancia por teléfono y mientras aguardaba su llegada observó que Pat había sido sacada de la habitación a través de la ventana.

Esta daba a la parte trasera del hotel, en una estrecha y desierta callejuela. Debido a la escasa altura del primer piso, los hombres de Brasseur no habían usado escalera de mano, simplemente una cuerda.

Con toda seguridad, algún coche había estado esperando, y cuando la muchacha fue raptada había sido introducida en él y nadie se había enterado de lo ocurrido.

Cuando la ambulancia llegó, el cuerpo de Roverbal fue sacado de la habitación y llevado rápidamente al hospital por si aún se podía salvar su vida.

El gerente del hotel se retorció las manos pensando en el daño que iba a sufrir el establecimiento cuando se corriese la voz de lo ocurrido y empezasen a llegar los periodistas.

Lester sintió asco ante las egoístas manifestaciones del gerente y dándole un brusco empujón lo apartó de su camino.

El agente del F. B. I. entró en su habitación y cerró la puerta con llave. También aseguró la ventana. No quería recibir un proyectil por la espalda ni que la hoja de una navaja penetrase en su pecho.

Después de tomar estas precauciones desenfundó su pesada “German Luger” y la dejó al alcance de su mano. Finalmente contempló la máquina de fotografiar que aún permanecía con la correa de la funda enrollada a su muñeca izquierda.

Se sentó en la cama y empezó a quitar la funda, después abrió, con cierta dificultad, la parte posterior y, en el lugar correspondiente a la película halló un pequeño sobre que había sido colocado allí casi a presión.

Al sacarlo cayeron algunos granos de arena sobre la mano del agente.

“Para mí hermana Pat Gallard” —leyó Lester, y durante unos segundos pensó dejar el sobre intacto, pero después lo abrió.

Aquel sobre había costado ya varias vidas. La del árabe comerciante, con toda seguridad la del otro árabe que había sido introducido en el “Zocco” y la del capitán Roverbal, que en aquellos momentos estaba agonizando en el hospital militar.

Una pequeña nota y una llave quedaron en sus manos, así como otro sobre en blanco.

Leyó las cuatro líneas escritas con letra rápida y nerviosa y el interés se apoderó de él.

“Querida hermana: Dentro de un minuto habré muerto. Haz llegar la llave y el sobre hasta el F. B. I., es un asunto de gran importancia para nuestra nación y busca a un hombre llamado Robert Spillman. Puede ser un magnífico reportaje para ti. Hasta la eternidad. Mike”.

El agente del F. B. I. sabía que tenía la solución del misterio en su mano. El viaje de Spillman, su relación con Brasseur, la amistad provocada por Christine para aproximarse a Pat... y el secuestro de la muchacha.

Sin titubear, abrió el segundo sobre y un montón de hojas de block aparecieron en su interior.

A medida que el agente iba leyendo el relato hecho por Harry Duke, alias cabo Karl Lanbousky, de la Legión Extranjera Francesa en Argelia, al periodista Mike Gallard momentos antes de morir ambos, muchas cosas que habían permanecido sumidas en el misterio se iban aclarando.

Cuando terminó la lectura dobló todos los papeles y los guardó en su bolsillo.

De una de sus maletas sacó una llave pequeña, muy parecida a la que había pertenecido a Harry Duke, y las comprobó.

Ambas tenían la misma inscripción: “First National Bank”, solamente que la de Harry pertenecía al Banco de El Paso y la suya al de New York.

...Pero eso no constaba en las llaves, y la semejanza entre ambas era muy grande, aunque el número de dientes no confrontaba.

“No importa esto —se dijo Lester—... No creo que Spillman recuerde cómo era la llave de Duke, y si Brasseur hace su propio juego lo que voy a intentar saldrá mucho mejor.

Cogió la llave que le pertenecía y la introdujo en el interior de la máquina, después de haberla envuelto en un trozo de papel del mismo sobre que había usado Mike.

También puso toda la arena que había salido de su interior y después de cerrarla recogió su pistola y, abriendo la puerta, abandonó la habitación.

Iba a intentar rescatar a Pat, pero tenía que tomar sus medidas. Sus enemigos eran demasiado peligrosos para confiarse inocentemente.

Al llegar al vestíbulo del hotel llamó al gerente y le entregó la máquina para que la guardase en la caja fuerte.

El presenció personalmente la operación y cuando la pesada puerta de acero se cerró y el gerente le extendió el correspondiente recibo abandonó el hotel y se encaminó directamente hacia el “Zocco”.

Tenía que tratar con Christine, ya que tanto Jacques como Spillman se hallaban ausentes de Argel.

... y la bella bailarina era quizás el más peligroso de todos los enemigos...

El agente del F. B. I. conocía bastante a la gente del hampa para descubrir el juego de la explosiva mujer.

Spillman había sido alejado de Argel para que ella pudiese apoderarse tranquilamente de la sexta llave. La mujer era muy bella, una verdadera tentación para cualquier hombre... y mucho más inteligente que el redondo “gangster”.

IX

C

UANDO Lester llegó a la calleja donde estaba enclavado el “Zocco”, esta permanecía completamente desierta.

Era cerca del mediodía y el sol caía con fuerza. Todos los habitantes de Argel estaban en sus casas, esperando que la temperatura refrescase un poco.

Solamente el agente del F. B. I. andaba por las desiertas calles, sufriendo un calor agobiador.

En el bolsillo de su blanca americana tenía la pistola, y su mano derecha empuñaba firmemente la culata cuando empezó a ascender por la estrecha escalera.

Al final de ella encontró una puerta cerrada y sin titubear un instante llamó con los nudillos.

Esta no tardó en abrirse y se halló ante un hombre de estatura mediana, de rostro cetrino y vestido completamente de blanco, excepto la camisa, que era negra.

Una de las manos del hombre permanecía hundida dentro del bolsillo de la chaqueta y sus ojos se entornaron cuando preguntó:

—¿Qué busca aquí?

No había amabilidad en su voz, antes todo lo contrario, y Lester lo comparó mentalmente con los clásicos pistoleros de su país.

—A Christine Brasseur —contestó, empleando el mismo tono que el corso.

—Estas no son horas de visita. Está descansando —replicó Rizzo—, cerrando, la puerta.

...Pero el pie de Lester se lo impidió. Un violento empujón dado con el hombro volvió a abrirla de par en par y el corso fue lanzado hacia atrás.

El agente del F. B. I. penetró en la habitación y cerró la puerta empleando el pie... y sin separar la vista de Rizzo.

Sabía cuándo un hombre era peligroso y el corso lo era en grado sumo.

Recuperó el equilibrio rápidamente, y al ver al intruso en el interior de la habitación, una repugnante sonrisa empezó a dibujarse entre sus labios.

—Tú lo has querido, amigo. Esto no es América, y aquí los muertos desaparecen rápidamente —dijo mientras su mano salía del bolsillo

empuñando una navaja de resortes.

—No lo creas, moro —dijo Lester, sabiendo que Rizzo se pondría furioso al oírse llamar así... pero se equivocó.

El corso sabía que un hombre enfurecido no puede luchar con ventaja. Al oír el insulto su sonrisa se acentuó y la acompañó con un seco “clic” que produjo la navaja al abrirse.

—No, Rizzo no se equivoca nunca, amigo. Puedo matarte y después no tendré ni que molestarte en echar tu “fiambre” a las aguas del puerto. Has entrado violentamente en una casa... y esto es un delito.

Mientras hablaba iba avanzando lentamente y la brillante hoja del arma permanecía junto a su muslo.

Lester seguía sus movimientos sin moverse del sitio. El golpe preferido de aquella gente era de abajo arriba, rasgando el vientre... y él lo sabía.

—Con esta navaja mataste a Alí, el comerciante árabe, y también apuñalaste al capitán Roverbal en una habitación del “Hotel Carrée”... pero yo no seré el tercero, Rizzo.

Este dejó escapar una leve risa mientras continuaba avanzando lentamente, igual que un gato que deseara cazar a un indefenso canario.

...Pero el canario, en este caso tenía unas uñas tan largas y afiladas como el gato.

Rizzo se lanzó sobre el agente como impulsado por un resorte. El brazo armado se alzó con la celeridad de un relámpago y la peligrosa hoja buscó el vientre de Lester.

Pero este había dado un salto de costado y el criminal golpe se perdió en el aire.

Lester no perdió el tiempo. Rizzo, al fallar la puñalada había dado un traspié y las manos del agente se cerraron como garfios alrededor de la muñeca que sostenía el arma.

Bruscamente y con todas sus fuerzas tiró de ella hacia atrás y dobló el brazo entre chasquidos de huesos y después volteó limpiamente al corso por encima de su cabeza, lanzándolo contra una de las paredes laterales.

A pesar del profundo dolor que debía sentir Rizzo, ya que su brazo había sido roto por la articulación del codo y del hombro, la primera a consecuencia de la brutal llave y la segunda porque fue el hombro precisamente lo que golpeó la pared, no lanzó ni una sola exclamación de dolor.

La afilada navaja se había escapado de sus dedos y Lester la recogió del suelo.

Rizzo, con los dientes fuertemente apretados y mordiéndose los labios para dominar el sufrimiento que sentía, empezó a levantarse penosamente.

El agente del F. B. I. lo contemplaba fríamente y vio cómo un hilo de sangre saltaba de los apretados labios. Rizzo se los había mordido tan fuertemente que los había cortado.

—¡Te mataré... te mataré! —repitió mientras su mano sana iba en busca de un arma situada en la cintura.

Lester no quería ruidos. Ya habían hecho bastantes y él no sabía cuántos hombres de Brasseur podían estar en el interior del cafetín.

El brazo de Rizzo pendía inerte a lo largo de su cuerpo, pero su mano izquierda ya empuñaba una pistola de gran calibre e iba a disparar.

El agente se colocó junto al corso de un ágil salto... y por segunda vez en pocos minutos, la brillante hoja trazó un círculo en el aire... y se hundió en el pecho del corso.

—Lo siento, amiguito —dijo Lester mientras su enemigo se derrumbaba definitivamente a sus pies—. En mi tierra decimos que nadie es eterno.

—En la mía decimos lo mismo, míster Warren —añadió una voz de mujer a espaldas del agente.

Este dio media vuelta rápidamente, empuñando aún el arma con la que había terminado con Rizzo, para encontrarse frente a frente con Christine Brasseur.

—Deje caer ese pequeño cortaplumas, míster Warren —dijo la bella mujer.

Lester obedeció sin rechistar... ya que Christine empuñaba una pistola niquelada y con la culata de nácar; pequeña, pero peligrosa y eficaz a aquella distancia.

Christine sonrió, mostrando sus perfectos dientes y Lester la contempló admirado.

La hija de Brasseur era una espléndida mujer. Tenía un delicado gusto para escoger sus vestidos. Iba vestida con una falda blanca y una blusa verde, y está perfecta combinación de colores hacía resaltar su maravillosa figura.

Un hombre que es capaz de extasiarse contemplando a la mujer que lo está apuntando con una pistola siempre merece la atención de ella... a pesar de la pistola.

—Siento que haya entrado así, míster Warren —dijo Christine—. Para mí siempre habría sido un placer recibirlo amigablemente.

Había mil promesas encerradas en aquellas palabras, dichas con una entonación especial.

—La culpa no ha sido mía —repuso el agente—, pero eligió usted un portero muy quisquilloso.

—¡Pobre Rizzo!... ¿Qué desea de mí, míster Warren? —preguntó la mujer, haciendo un ademán con la pistola, invitando a pasar al agente a la otra habitación.

Lester lo hizo, aunque Christine se separó para evitar que un golpe asestado por Lester la desarmase.

—Siéntese, por favor—continuó diciendo la maravillosa mujer, indicando un sillón.

Cuando Lester se hubo sentado, Christine se recostó en el diván y dobló las piernas bajo su cuerpo, adoptando una postura de gata.

La pequeña pistola continuaba apuntando directamente al pecho del agente, pero cuando este empezó a hablar, Christine la dejó sobre su regazo.

—¿Cómo conoce mi nombre? —preguntó Lester.

—Me han interesado profundamente los amigos de Pat Gallard... y usted es uno de ellos.

—De la señorita Pat quería hablarle, Christine.

—¿Y cómo conoce usted el mío?

—Por la misma razón. Me han interesado las amigas de Pat... y usted es una de ellas, ¿o quizás me equivoco?

Christine dejó escapar una alegre carcajada al verse atacada con sus mismas armas, y contestó:

—Para los amigos soy simplemente Chris, Lester.

—Bien, Chris, quiero que Pat Gallard me acompañe cuando salga yo de aquí.

—Sería una tontería negar que yo no sé nada. Efectivamente, Pat Gallard está encerrada en una de las habitaciones de este edificio, pero yo quiero algo a cambio... y ella no quiere entregarlo.

Lester iba a replicar cuando una muchacha árabe, bastante ligerita de ropa, entró silenciosamente y dejó dos tazas de aromático café sobre la mesita colocada entre el diván y el sillón que ocupaba Lester.

Los movimientos de la muchacha árabe eran tan parecidos a los de una ágil pantera, que Lester pensó que quizás podía resultar tan peligrosa como uno de aquellos animales.

—Por lo visto, la ropa va muy cara en Argel —dijo, cuando la muchacha abandonó la habitación.

—¿Por qué lo dice?

—Por “eso” —contestó, señalando las desnudas piernas de Christine— y por aquello —añadió, indicando hacia la cortina detrás de la cual había desaparecido el bombón árabe.

—¡Ah!... Por la noche, cuando trabajo en el cafetín, llevo mucha menos

encima.

—Tendré que ver ese espectáculo.

—Quizás, si llegamos a un acuerdo, puedo bailar solamente para ti —contestó Chris, cogiendo una de las tazas de café y llevándosela a sus labios, labios.

La pistola continuaba en su regazo y la mirada de Lester se fijó en ella.

También Chris se dio cuenta de ello y, mirando fijamente al agente, dijo:

—No hagas tonterías, Lester, hay algunos ojos vigilando y pueden disparar contra ti, lo cual me causaría un enorme dolor. Entre tú y yo es mejor hablar de amor... que de guerra.

—De acuerdo. Tú quieres algo a cambio de Pat Gallard, ¿qué es?

—Una simple y tonta máquina de fotografiar que ella posee.

—¿Por qué tanto interés en un aparato fotográfico?

—Razones sentimentales. El hermano de Pat me lo regaló. Él y yo éramos... en fin, ya me comprendes. Una de mis criadas árabes me lo robó y lo vendió. Tu amiga lo compró... y ahora quiero recuperarlo.

—¿Era necesario raptar a Pat y apuñalar a Roverbal? —preguntó Lester, al que la rápida inventiva de Chris divertía.

—¿Era necesario matar a Rizzo para entrar a visitarme?

—Bien, tú ganas. La máquina la tengo yo. Te la daré cuando Pat esté a mí lado.

—¿La tienes aquí?

—No, encanto, en el hotel. No pensaba sacar fotos.

—Ni yo entregarte a Pat hasta que el aparato esté en mis manos.

—¿No te fías de mí?

—¿Tengo acaso tipo de fiarme de ningún hombre? —respondió Chris, poniéndose en pie, deslumbrando a Lester con una brillante demostración de piernas, rodillas y todo lo que sirve para mantener a una persona sobre los pies.

Y añadió:

—Te acompañaré hasta el hotel. Allí tú me entregarás la máquina y yo te daré a tu amiga Pat, ¿de acuerdo?

—Un momento —dijo Lester, que sentía la peligrosidad de aquel maravilloso y buen distribuido cuerpo—. ¿Pat vive?

Chris dio una palmada y la cortina detrás de la que había desaparecido la sirvienta árabe se descorrió totalmente y ante los ojos de Lester apareció Pat Gallard.

Una Pat atada y amordazada. Sus ropas aparecían desgarradas por distintos sitios y su cabello revuelto le caía sobre la frente.

Había sido lanzada sobre un montón de almohadones como si hubiese sido un fardo y en su rostro aparecían varios rasguños, así como en uno de sus hombros.

Por lo visto, la muchacha no se había rendido sin luchar valientemente.

—Ahí la tienes. Cuando nosotros salgamos de esta casa, uno de mis hombres la introducirá dentro de un coche y ambos nos seguirán. Cuando me entregues el aparato, tú la tendrás muy cerca. Una vez hecho el cambio, mi hombre desaparecerá. ¿Te parece bien?

—Andando, Chris —respondió solamente el agente.

—Un momento, Lester; aún no te he dado las gracias por tu amabilidad al venir en mi busca.

Los brazos de Chris rodearon el cuello del agente y su húmeda boca besó los labios del hombre en una caricia tan suave que el agente del F. B. I. quedó sorprendido.

—Vamos —dijo Chris, sonriendo.

Lester lanzó una última mirada a Pat, que lo contemplaba asombrada, y salió detrás de la hija de Brasseur.

Antes de llegar al hotel se volvió y observó que eran seguidos por un coche negro que marchaba a muy poca velocidad.

—Sí, en él va tu amiguita —dijo Chris al ver la mirada del agente.

Una vez en el vestíbulo del hotel, Lester retiró la máquina de la caja fuerte y Chris se apoyó melosamente en su brazo mientras su mano se tendía hacia el aparato fotográfico, pero Lester lo puso fuera de su alcance mientras hacía un movimiento negativo con la cabeza.

—No, Chris. Eres una mujer a la que no se puede negar nada... pero no te entrego la máquina.

La bella mujer dominó un gesto de despecho, pero pensó que bien podía esperar un minuto más. La victoria era suya, había jugado sus cartas con gran pericia y había ganado. Por esto podía sonreír alegremente.

Ante la puerta del hotel estaba aparcado el coche y en su interior permanecía Pat. La muchacha continuaba atada y amordazada.

—Toma la máquina, Chris. Tu hombre puede abandonar el coche... y no olvides que mi pistola tiene más alcance que la tuya. Dispararé si no cumples lo pactado.

Chris se apoderó de la máquina y con gestos rápidos la abrió hasta encontrar la llave oculta en la caja correspondiente a la película.

—Te espero esta noche Lester. El primer baile te lo dedicaré exclusivamente a ti.

Antes de alejarse se empinó sobre las puntas de los pies y besó nuevamente al agente, que la vio partir con cierta inquietud.

... y era que una mujer como aquella era capaz de inquietar al mismo diablo.

Lester cruzó la calle mientras el hombre de Chris abandonaba el coche y seguía a su patrona.

Cuando el agente del F. B. I. llegó junto al automóvil abrió la portezuela y lo primero que hizo fue quitar la mordaza a Pat, y mientras ella respiraba profundamente fue soltando las cuerdas.

Los nudos parecían hechos por un marinero profesional, y Lester pensó que la muchacha había tenido que pasar un mal rato mientras se halló en poder de los hombres de Brasseur.

Pat estaba completamente entumecida y ninguno de sus miembros era capaz de hacer el menor movimiento.

—Tendrás que ayudarme, Lester. No puedo moverme y parece que haya recibido una paliza de campeonato.

Lester sonrió al observar que la muchacha no había perdido el humor a pesar de la dura experiencia sufrida, y cogiendo en brazos a la bella mujer, la sacó del coche.

Cruzó la calle con infinito cuidado, y al llegar al vestíbulo del hotel se detuvo. Mientras esperaba que abriesen la puerta del ascensor, dijo:

—Pesas tan poco que tengo la impresión de que apenas comes.

—... Y llevo un montón de horas sin hacerlo —respondió burlonamente Pat.

—Ahora comerás, querida.

—Supongo que tú no tendrás hambre —dijo la muchacha mientras el ascensor subía.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los besos de Chris te la habrán quitado.

—Prefiero tu compañía, Pat, y...

—... Y mis besos también, ¿verdad, sinvergüenza?

—Desde luego —respondió Lester al salir del ascensor.

—¿Qué le ocurrió al capitán Roverbal? —preguntó Pat al ver que el agente la llevaba hacia la habitación número 11.

—Quedó muy malherido... pero el hombre que lo hizo no tendrá ocasión de repetirlo.

—¿Qué pasó? —preguntó la muchacha, mientras Lester la dejaba sobre un diván.

—Que en casa de Christine Brasseur no todo fueron besos, hubo también algo más.

—¿Qué fue, Lester? —preguntó Pat, frotándose las articulaciones de las muñecas. Las cuerdas habían dejado profundos surcos en sus brazos y

piernas. El hombre que la había atado lo hizo despiadadamente.

—Un muerto... el hombre que apuñaló a Roverbal —respondió Lester, inclinándose ante la muchacha para friccionar sus tobillos.

—Cuéntame todo lo ocurrido, Lester. Yo solamente sé que un hombre penetró en la habitación y nos encañonó con una pistola. El capitán intentó resistir y el hombre sacó una navaja y la hundió tres o cuatro veces en el cuerpo de nuestro amigo. Yo intenté gritar, pero la voz, se ahogó en mi garganta y aquel asesino me golpeó y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré estaba atada y Christine empezó a interrogarme para saber dónde estaba la máquina de mi hermano...

—Y esto, ¿quién lo hizo? —preguntó Lester, señalando las destrozadas ropas de Pat.

—Seguramente al sacarme por la ventana, pues nadie me maltrató.

—Sí, tienes razón.

—Yo no recordaba dónde la había dejado—continuó diciendo Pat—, hasta que finalmente recordé que la tenías tú. En aquel momento se oyó un ruido y Chris ordenó que me taparan la boca... y cuando volví a verla estabas tú a su lado.

—Escucha, Pat, voy a explicarte una historia algo complicada. Hace meses hubo un atraco en una ciudad llamada Rock Spings. Tu hermano conoció a uno de los hombres que lo hizo y...

Mientras seguía friccionando los tobillos de Pat, Lester le fue contando toda la historia, hasta llegar al momento de abrir la máquina.

Entregó a la muchacha los sobres y las notas escritas por su hermano, y cuando ella terminó de leer, preguntó:

—¿Por qué abriste el segundo sobre, el que iba dirigido al F. B. I.?

Parecía algo dolorida por el abuso de confianza realizado por el hombre que había penetrado en su corazón en el mismo instante que lo vio.

—Porque yo soy el F. B. I... al menos en Argel. Soy el agente especial Lester Warren, de la División Territorial de New York.

Al decir esto entregó a Pat sus credenciales y esta se las devolvió rápidamente, diciendo:

—Perdóname, Lester; estoy algo nerviosa y digo tonterías.

—No. Eres una mujercita muy valiente y muy bonita...

—¿Qué hiciste con la sexta llave? Yo vi cómo Chris sacaba una del interior de la máquina y...

—Era otra, Pat. Una que me pertenecía a mí... y me voy a ver negro para abrir mi caja cuando regrese a New York.

—¿...Y la verdadera?

—Está en mi poder.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Pat, que continuaba frotando las articulaciones adormecidas.

—Bien, Pat. Me has hecho una pregunta y solamente puedo contestarte de una forma muy vaga. No sé lo que pasará, aunque pueda adivinarlo.

—¿Será peligroso?

—Para algunos sí, aunque todo son simples suposiciones. Espero que nuestra explosiva sirena de los vestidos ajustados va a terminar con Robert Spillman —dijo finalmente Lester, sin apartar la mirada de la muchacha.

—¿Qué miras, Lester?

—Las señales que han dejado las cuerdas en tu cuerpo. Me gustaría estar a solas con el hombre que lo hizo.

—Chris le llamaba Rizzo.

—En ese caso ya estamos en paz. También fue el mismo que apuñaló a Roverbal.

—¿Se salvará el pobre capitán?

—No lo sé; esperemos que sí —respondió el agente mientras llenaba unos vasos de “whisky”.

Ofreció uno a la muchacha y él empezó a sonreír al ver que Pat se atragantaba.

—Esto es muy fuerte —dijo la muchacha cuando pudo hablar.

—Sí lo es. Ahora voy a buscar una camarera para que te proporcione parte de tu ropa —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Un momento —rogó Pat, poniéndose en pie.

... Y dando unos pasos tambaleantes fue a caer entre los brazos del agente, que había salido a su encuentro para evitar una caída más peligrosa.

Los brazos de Pat rodearon el cuello de Lester y murmuró:

—Gracias, querido, por haberme ayudado.

—No tienes que...

El agente del F. B. I. no continuó hablando. Los húmedos labios de Pat estaban tan cerca y eran tan tentadores, tan rojos, que...

—No quería que te marchases con el sabor de los besos de Chris en tu boca, querido.

—He estado deseando besarte desde que te vi en el aeropuerto de New York —dijo Lester, abrazando estrechamente a Pat.

—Entonces hubiese gritado... aunque tus besos me hubiesen quitado el aliento.

R

OBERT Spillman entró en la habitación donde estaba Chris, con el rostro congestionado por la ira.

Pernocari y Chuck le seguían como dos perros apaleados, y cerraba la marcha Jacques Brasseur, cuyo rostro resultaba tan impenetrable como las esclusas del canal de Panamá.

—¡Cuarenta y ocho horas en coche y solamente para remover un montón de huesos! —gritó el “gangster” dejándose caer sobre un montón de almohadones colocados sobre el suelo.

Chris se hallaba en una habitación arreglada a la mora, completamente desprovista de ventanas y rodeada de tapices y colgaduras que ocultaban totalmente las paredes.

Era el mismo reservado en donde había muerto Alí, el comerciante de la “Cashbah” y que Jacques Brasseur llamaba, burlonamente, “su cámara de ejecuciones”.

—¡Quitaos de mi vista! —continuó gritando Spillman, dirigiéndose a sus hombres.

Estos se colocaron a su espalda y allí, como dos chiquillos cogidos en falta, permanecieron en pie, esperando la próxima explosión de mal genio de su jefe.

—Robert —empezó diciendo Chris calmadamente—, ahora te tomarás una taza de café y después hablaremos de negocios, pero tienes que tranquilizarte.

El “boss” miró a la muchacha y pensó que su presencia era lo menos indicado para que un hombre recobrara la tranquilidad... en todo caso la perdería.

—¿Qué sabes tú de negocios? —preguntó estirando sus cortas piernas sobre los lujosos almohadones.

Fue Jacques el que contestó, mientras Chris, con movimientos de gata, se colocaba junto al “gangster”.

—Mucho, Spillman. Mi hija es un verdadero cerebro privilegiado en estas cosas. En realidad, ella es la que ha resuelto siempre todos los asuntos, aunque yo sea el brazo ejecutor.

Si Spillman no hubiese estado tan absorto contemplando las formas de

Chris, hubiese notado cierto aire burlón en Jacques al pronunciar “brazo ejecutor”.

Pernocari y Chuck tampoco cazaron el verdadero sentido de la frase. Ellos cobraban por matar, no por pensar.

La misma muchacha árabe que había servido el café a Lester entró en la habitación llevando una bandeja con el humeante café.

Como la vez anterior, sus movimientos recordaban los de una pantera. Se movía sin ruido y con gran seguridad.

La muchacha fue sirviendo la aromática bebida y al dejar la taza ante Chuck, este adelantó la mano dispuesto a asir a la muchacha, pero la voz de Spillman se lo impidió.

—¡Quieto... o te romperé ese adoquín que tienes por cabeza!

Chuck obedeció con gran rapidez. El “boss” había lanzado la amenaza sin volverse, como si hubiese adivinado las intenciones de su hombre.

Pernocari dejó escapar una risita que tenía un gran parecido con la de una hiena cuando ronda alrededor de un cadáver sin atreverse a tocarlo.

—Podemos hablar de negocios, Chris —dijo Spillman, dejando la taza sobre la reducida mesa colocada ante él.

—Sé que estás buscando algo que para ti tiene mucho valor... —empezó diciendo la mujer, mientras sus bien cuidadas manos acariciaban el brazo de Spillman.

—Sí, es algo que es de vital importancia para mí.

—¿Qué hora es? —preguntó Jacques, al ver que su hija se había lanzado al ataque.

—Las once, respondió Chuck, que no apartaba la vista de la sirvienta árabe que estaba recogiendo las tazas.

—Voy a la sala. Es la hora que empiezan a llegarlos personajes importantes y debo atenderles.

Jacques abandonó la habitación después de pronunciar estas palabras, y si Spillman o sus sabuesos hubiesen visto la expresión de su rostro seguramente no se hubiesen sentido tan tranquilos.

Chuck acompañó con la mirada a la mujer árabe, que abandonaba el reservado en aquel instante. La sirvienta apartó una pesada cortina y, antes de dejarla caer nuevamente, se volvió hacia el “gangster” y le sonrió. Después, desapareció detrás del cortinaje que ocultaba la salida.

—¡Largo de aquí! —ordenó Spillman, que deseaba quedarse a solas con Chris para continuar hablando de negocios.

Chuck no se hizo repetir la orden. Con paso rápido se dirigió hacia el cortinaje, dispuesto a seguir a la bella árabe.

Tropezó con un almohadón, dio un traspié y cayó en el mismo centro

de la habitación, poniendo una cara tan ridícula que incluso el mismo Pernocari dejó escapar la carcajada.

Chuck se levantó murmurando palabrotas entre dientes. Se arregló el cabello, alisándolo con las manos y, andando con más cuidado, siguió el mismo camino que la sirvienta mora.

Pernocari salió de la habitación usando la misma puerta que había empleado Jacques. La cerró tras de sí mientras su rostro se contraía de rencor.

El que todos se divirtiesen le producía una sensación desagradable en la boca del estómago. Los hombres no debían hacer el burro detrás de las mujeres, cuando había trabajo que hacer.

Pernocari decidió bajar al cafetín. Había oído mucho de ellos, pero no conocía ninguno. Descendió por la escalera con el corazón lleno de odio.

Arriba solamente quedaban su jefe y Chris. Chuck seguramente andaría detrás de la mora. Solamente él tenía que estar solo.

—Bien, creo que ahora podremos hablar tranquilos —dijo Robert Spillman cuando sus dos sabuesos hubieron desaparecido.

—Sí —respondió Chris apenas en un susurro, mientras se aproximaba más al “gangster”.

... Y no pudo evitar una sonrisa cuando vio que el hombre se inclinaba sobre sus labios para besarlos. Recordaba que la primera vez que vio a Spillman soltó una alegre carcajada al ver que su “gallina de los huevos de oro” no tenía cuello.

La muchacha rehuyó la caricia y una de sus manos se posó sobre la boca del “gangster” mientras se alejaba de él.

Encendió un cigarrillo y lo puso entre los labios de Spillman, pero este lo rechazó diciendo:

—No tengo ganas de juegos.

La muchacha encendió otro para ella y después de lanzar una nube de humo al rostro del “gangster”, sonrió alegremente.

Spillman intentó besarla de nuevo. Se había olvidado de las cuarenta y ocho horas de viaje a través del desierto y del desengaño sufrido al no hallar lo que buscaba sobre el cadáver de Harry Duke... Solamente veía a Chris.

—Si me dices lo que buscas quizás pueda ayudarte —dijo la muchacha, volviendo a rehuir la caricia del “gangster”.

Ella nunca perdía la cabeza. La tenía muy firme sobre sus esculturales hombros.

—Necesito una llave, una simple y pequeña llave que vale un millón de dólares... o muchísimo más —dijo aproximándose a Chris.

La muchacha se sentó en uno de los almohadones y miró fijamente al “gangster”. Este empezaba a sentir que el perfume que emanaba de la mujer embotaba sus sentidos.

—Chris... —continuó diciendo—, cuando regrese a New York, tú me acompañarás. Serás la mujer más admirada de aquella gran ciudad y tendremos el dinero a montones.

—Yo gasto mucho, Robert —sonrió Chris, dejando que sus dedos acariciasen el rostro de Spillman.

—En mi bolsillo hay cinco llaves que valen una fortuna, y cuando pueda hallar la sexta, en mis manos caerán los dólares a chorro. En un Banco de mi país hay cuatro carteras que me están esperando... y en una de ellas hay un sobre conteniendo unos planos; si somos listos pueden tener un valor enorme. Existen tres o cuatro potencias extranjeras que darían por ellos un camión de dólares.

Spillman hablaba y hablaba como si estuviese borracho. Con el deseo de deslumbrar a Chris para que esta le siguiese a los Estados Unidos, contó toda la historia del asalto al Banco de Rock Springs con toda clase de pelos y señales.

La muchacha le escuchaba sin dejar de acariciarlo, y cuando supo todo lo que deseaba saber, interrumpió la fantasía de Spillman, que se había lanzado a decir lo que haría con el dinero que pensaba obtener con la venta de los planos, diciendo sencillamente:

—Yo tengo la sexta llave.

Spillman dio un salto de sorpresa y, de momento, pareció que no había comprendido bien.

—¿Qué has dicho?

—Que yo tengo la llave que te falta.

—¿Cómo ha llegado hasta tus manos?

Las manos de Spillman se habían cerrado sobre los hombros de la muchacha y ella sentía cómo los dedos temblaban de impaciencia.

—Muy sencillo, Robert. Soy una chica lista y recordé que al llegar preguntaste por una llave que tenía Harry Duke... y continué recordándolo cuando esta mañana un árabe del desierto —seguramente uno de los hombres de Kidal el Malek— la tenía entre sus dedos sin saber qué hacer con ella. Como es natural, se la compré... y ahora está en mi poder.

—¡Dámela!

—No la llevo encima, Robert. No quería correr el riesgo de perderla.

—¡Ve en su busca inmediatamente... te daré por ella lo que pidas!

—Nada, Robert. Iré contigo a New York y...

Chris dejó el resto de la frase en el aire. Se levantó y, arreglando algo

sus desordenadas ropas, se dirigió hacia la salida. Antes de abandonar el reservado se volvió hacia Spillman y, sonriendo fascinadoramente, dijo:

—Regreso dentro de un minuto.

Jacques Brasseur salió del interior de otro reservado y con la mirada interrogó a su hija.

Ella movió afirmativamente la cabeza y desapareció rápidamente hacia sus habitaciones. Ella había terminado su trabajo... de momento.

Chuck fue arrancado de los brazos de la muchacha árabe por un silencioso musulmán, que se limitó a decirle:

—Tu jefe te llama.

Chuck dejó escapar un suspiro de pesar y, lanzando una última mirada a la muchacha, regresó junto a Spillman.

También Pernocari fue avisado por otro musulmán que le dijo las mismas palabras.

El “gangster” abandonó el cafetín, en donde una semidesnuda bailarina evolucionaba al compás de una música bastante monótona.

Chuck entró en el reservado usando la misma puerta que había empleado para salir y Pernocari lo hizo por dónde había salido Chris.

Ambos “gangsters” entraron al mismo tiempo y Spillman los miró entre asombrado y colérico.

—¿Qué diablos buscáis aquí? —preguntó poniéndose en pie.

—Nada, nos has llamado y aquí estamos.

—¡Ya lo veo, estúpidos!... pero alguien nos ha tomado el pelo. Yo no he llamado a nadie... ¡Y ya os estáis largando por el mismo sitio que habéis venido!

Spillman empezaba a congestionarse y en su interior estaba pensando librarse de aquel par de inútiles que solamente le complicaban la vida.

Ambos “gangsters” dieron media vuelta sobre sus talones y emprendieron la retirada, pero había llegado el momento de las sorpresas desagradables.

—La puerta está cerrada con llave —dijo Pernocari, después de haber intentado abrirla.

—¡Y esta también! —anunció Chuck, que había levantado el cortinaje.

Robert Spillman no tenía nada de tonto y rápidamente comprendió que había cometido una enorme equivocación al confiar en la bella Chris.

Maldiciendo a la muchacha, a su padre y a sus propios hombres, se lanzó a comprobar si realmente las puertas estaban cerradas.

Al ver que era así, empezó a gritar y, empuñando su pistola, se dispuso a saltar la cerradura de una de las puertas.

Chuck y Pernocari le siguieron, empuñando también sus armas... pero

en aquel momento, uno de los lujosos tapices que cubrían la pared del fondo se desprendió violentamente.

El ruido que produjo hizo que los tres hombres se volbiesen con gran rapidez... y por una estrecha aspillera vieron aparecer los cañones de dos metralletas.

Otro tapiz se desprendió de una de las paredes laterales y un tercer cañón apareció ante los ojos de los tres “gangsters”.

Spillman levantó el cañón de su pistola dispuesto a disparar. La ira lo dominaba por completo. Ira por haber sido cazado de una forma tan estúpida.

Él había empleado el mismo método muchas veces y sabía que no tenía salvación. Chris Brasseur ganaba ya la partida y se quedaba con las seis llaves.

Las tres metralletas abrieron fuego al mismo tiempo y un huracán de plomo cruzó la cerrada habitación.

Chuck fue alcanzado en el pecho y vientre y su cuerpo dio media vuelta, mientras la pistola se escapaba de sus manos.

Otra ráfaga le alcanzó en el centro de la espalda y lo lanzó contra Spillman, que ya se derrumbaba con todo el rostro lleno de sangre.

Chuck era materialmente empujado por los proyectiles. Chocó con su jefe y se derrumbó sobre él, formando una trágica aspa, y mientras las dos armas de la pared del fondo se dedicaban a cazar a Pernocari, la de la pared lateral continuaba disparando sobre los dos abatidos cuerpos.

Jacques Brasseur no hacía las cosas a medias y la munición la prodigaba generosamente.

Pernocari fue el último en caer y también el único que pudo hacer un disparo inofensivo.

La primera ráfaga le destrozó el hombro izquierdo y tuvo la sensación de que este le era arrancado de cuajo.

La segunda se hundió en su pecho y sintió como si una mano ardiente se apoyase sobre él, empujándolo hacia atrás, hacia la puerta que aún permanecía cerrada.

Sus pies tropezaron con los cuerpos de Spillman y de Chuck... pero no cayó. El inmenso odio que existía dentro de su ser era lo que le mantenía en pie, a pesar de que virtualmente había muerto.

El fuego concentrado de las dos metralletas del fondo le alcanzó en el vientre y en la pierna derecha, astillando los huesos.

Cayó de rodillas y un proyectil penetró en su cuello. Empezó a caer y su mano derecha se apoyó en el ensangrentado suelo... y las tres armas automáticas dispararon contra él.

Dos proyectiles destrozaron su cabeza y la fuerza de los impactos le lanzó sobre los cuerpos de sus compinches. Quedó con la cabeza apoyada sobre una de las piernas de Spillman.

Durante medio minuto, las armas continuaron disparando contra los cadáveres, que se estremecían a cada nuevo impacto; después, el silencio volvió a reinar en el reservado.

“La cámara de ejecuciones” había justificado el nombre y Jacques Brasseur, sin saberlo, había obrado como un auténtico “gangster” de Chicago.

Las dos puertas se abrieron y en el reservado penetraron Jacques y Chris.

Ambos empuñaban pistolas, pero al observar los tres cuerpos, las dejaron sobre la mesa. No obstante, Jacques lo pensó mejor y recogió la suya.

—Estos tipos de la “Cashbah” siempre me destrozan los tapices —dijo, observando la gran cantidad de impactos que había en las paredes.

—No protestes, padre. Aún no ha llegado el momento de tener una guillotina particular y tenemos que emplear nuestros métodos... y reconocerás que son prácticos.

—Prácticos, eficaces y rápidos —contestó Jacques empujando con el pie el cadáver de Pernocari.

El “gangster” quedó caído de bruces y Jacques, empleando siempre el pie, apartó el cuerpo de Chuck para dejar descubierto el de Spillman.

Chris contemplaba las operaciones de su padre con la misma tranquilidad que habría empleado para ver cómo un jardinero iba separando las mejores rosas.

El cuerpo de Spillman estaba caído junto a la misma puerta y su ensangrentado rostro parecía que intentaba captar el aire que penetraba por la reducida rendija que quedaba en su parte inferior.

La punta del zapato de Jacques se introdujo debajo del cadáver y lo volteó.

Chris hizo una mueca de disgusto al ver el estado del hombre que dos minutos antes le estaba haciendo el amor.

Sangre por todos los lados... y aún continuaba manando de las heridas. Los tres cuerpos habían sido acribillados.

—Aquí están —dijo Jacques, que había registrado las ropas de Spillman.

Cinco llaves habían aparecido en uno de los bolsillos de la chaqueta del “boss”.

—Cinco llaves unidas... y esta seis —dijo Chris, apoderándose de ellas

mientras su padre continuaba registrando las ropas de los cadáveres.

De su escote extrajo otra llave y la unió a las otras y una mirada de codicia brilló en sus ojos negros.

—Esto está listo —dijo Jacques, que había terminado su “inspección” y sostenía entre las manos un montón de billetes americanos y franceses—. Estos tipos se han pagado ellos mismos la muerte.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la muchacha, tratando de no pisar un charco de sangre.

—Que con este dinero pagaré a los hombres.

—¿Qué piensas hacer con los cuerpos?

—Lo que siempre hemos hecho. El muelle es muy piadoso y los acogerá cariñosamente. Angelo se encargará de ello.

—¿Y nosotros?

—Mañana por la noche daremos un pequeño salto.

Cuando Jacques y Chris abandonaron el reservado, penetró Angelo seguido de tres musulmanes harapientos y los cuerpos de los “gangsters” fueron sacados del “Zocco” y cargados en una pequeña furgoneta cerrada.

Media hora después, en uno de los sitios más alejados del puerto de Argel, tres chapoteos señalaban que tres hombres más habían ido al fondo del mar.

Angelo contempló los anillos concéntricos que se formaban en el agua, y encendiendo un cigarrillo, penetró en la furgoneta para regresar al “Zocco”.

XI

L

ESTER Warren y Pat Gallard estaban saboreando el segundo “Martini”, apoyados en el mostrador del bar del hotel.

—Parece que la tierra se haya tragado a nuestros tres amigos —dijo el agente del F. B. I.

—¿Qué piensas que pueda haber ocurrido, Lester? —preguntó Pat, dejando la copa sobre el mostrador.

—Dos cosas. Que no hayan regresado del viaje que Brasseur les hizo emprender o que el mismo Brasseur les haya hecho emprender otro mucho más largo.

—¿Al otro mundo?

—Sí. Esta noche me daré una vuelta por el “Zocco” a ver qué puedo saber. Tenía que haberlo hecho esta misma mañana, pero temí que nuestra amiga Chris pudiese descubrir algo.

—Son las ocho en punto, Lester, no puedes perder mucho tiempo si piensas ir al “Zocco”.

—Aún podemos bebernos el tercer “Martini” y cenar inmediatamente.

—Pero no aquí, ya sabes que la hora de la cena es las diez.

—Cenaré cuando regrese, tú puedes hacerlo cuando quieras.

—Yo te acompaño, Lester. No quiero quedarme sola en el hotel.

—Puedes hacer una visita al capitán Roverbal. Parece que está mucho mejor y el pobre está completamente enamorado de ti.

—Y yo de ti, adorable sinvergüenza —replicó rápidamente Pat, inclinándose para besar a Lester.

Este no rehuyó la agradable caricia de los labios de Pat, y el camarero del bar los miró con cierto asombro.

—Bien, muchacho; no te asustes y sirve otros dos “Martinis” —dijo Lester alegremente cuando pudo hablar.

—No me importa absolutamente nada, señor, pero si con dos se besan en público y en una postura tan incómoda, creo que con tres “Martinis” van a ser tan peligrosos como los argelinos del F. L. N. —contestó el “barman”.

Pat sonrió alegremente y miró hacia la puerta de entrada, y su mano se cerró sobre el brazo de Lester con fuerza.

—¿Qué te ocurre ahora, querida? —preguntó este mirando al rostro de

la muchacha.

Algo vio en él que le puso sobre aviso, porque sin hacer más preguntas siguió la dirección que los ojos de Pat indicaban claramente.

—¡Diablos! —murmuró entre dientes.

La exclamación estaba justificada plenamente.

Un destrozado y sangrante Robert Spillman empezaba a cruzar el vestíbulo... aunque era difícil que pudiese llegar hasta la puerta del ascensor.

—Las cosas se han precipitado, Pat —dijo Lester, entregando el “Martini” a la muchacha. Nuestro particular amigo Brasseur obra con rapidez.

La hermana de Mike Gallard no contestó. Su mirada seguía a Spillman, que continuaba andando hacia el ascensor.

—Está herido —dijo finalmente.

—Sí, y voy a echarle una mano.

El agente del F. B. I. cruzó la distancia que le separaba del “gangster” y, cogiéndole entre sus fuertes brazos, le llevó hasta el ascensor y después hasta su habitación.

Robert Spillman no hablaba... ni cuando Lester le tumbó sobre la cama y empezó a examinarlo.

Lester llamó inmediatamente al médico del hotel, pero primero llegó Pat con una botella de “whisky”.

—He pensado que lo iba a necesitar —dijo, señalando al semiinconsciente Spillman.

—Has tenido una excelente idea —contestó Lester, poniendo la botella entre los labios del “gangster”.

Este bebió ávidamente y recobró ciertas fuerzas. Reconoció al agente y a Pat y trató de sonreír mientras decía:

—El pesado de las arrugas y la chica que busca a su hermano.

—Beba.

Spillman obedeció y, después del largo sorbo de “whisky” pareció mucho más animado.

—¿Qué le ha ocurrido, míster Spillman? —preguntó Pat, empezando a limpiar la sangre que cubría el rostro del “boss”. Era sangre seca que le prestaba un aspecto de moribundo.

—Nos asaltaron unos musulmanes y, después de robarnos, dispararon contra nosotros, y como fin de fiesta nos lanzaron al puerto.

—¿Y sus secretarios?

—En el fondo del puerto. Yo recobré el conocimiento a media tarde. Se ve que las mismas olas me empujaron hasta una playa de pescadores... y

desde allí, con muchos apuros, he podido regresar al hotel.

—No hable, míster Spillman. Ahora vendrá el médico y le dejará como nuevo —dijo Lester, que adivinaba lo ocurrido.

—Voy a dar parte a la Policía.

—No se moleste, míster Spillman, lo haré yo mismo —contestó el agente del F. B. I., que sabía las intenciones del “gangster”.

—¡Lo haré yo! —exclamó Spillman.

Nuevamente había salido su mal genio y Lester no insistió. El “gangster” quería terminar personalmente con Jacques Brasseur... y lo haría aquella misma noche.

“Pero yo estaré allí, amiguito” —pensó el agente.

El médico del hotel entró en la habitación y, después de examinar las heridas de Spillman, empezó a limpiarlas.

Lester hizo una seña a Pat y ambos abandonaron la habitación del “gangster” y regresaron al bar, en donde habían quedado sus dos “Martinis”.

—Esta será una noche movidita, querida, y las nenas deben estar en cama para evitar...

—No lo creas. Tú quieres estar solo para ajustarle las cuentas a Christine Brasseur, y ya sé cómo las “ajustarás”. Donde tú vayas iré yo o presento una denuncia contra ti por violación de correspondencia.

—Como quieras, pero te recuerdo que los disparos serán el plato favorito.

—Y yo me permito refrescarte la memoria diciéndole que también soy periodista y...

—Ninguna mujer que escribe sobre recetas de cocina en una revista dominical puede decir que es periodista; en todo caso, es una cocinera.

—¡Mal...!

La furiosa exclamación de Pat fue cortada por Lester, que puso la copa del “Martini” entre los labios de la muchacha.

A las once y media de la noche, Robert Spillman salía del hotel. Su cabeza aparecía llena de tiras de esparadrapo y andaba un poco inclinado hacia adelante, debido a las heridas de la espalda.

Lester y Pat le siguieron una distancia prudente, y cuando el “gangster” penetró en un taxi, ellos hicieron lo mismo.

—Siga a ese coche —ordenó Lester, señalando el que ocupaba Spillman.

El conductor no hizo ningún comentario y se limitó a cumplir la orden del agente del F. B. I.

Este puso una bala en la recámara y en lugar de enfundar la pistola, la

guardó en el bolsillo de su americana y continuó empuñándola.

Poco antes de llegar al “Zocco”, el taxi de Spillman se detuvo y él descendió.

Andando sin prisas, como un pacífico turista, se dirigió hacia el cafetín, seguido siempre por Lester y Pat.

Al llegar ante la estrecha puerta que daba acceso al piso superior, Spillman no dudó ni un instante. Lanzó una mirada a lo largo de la calle y penetró en la escalera.

—No le seguimos —dijo Lester, deteniéndose cerca de la entrada del “Zocco”—. Si Brasseur está arriba se va armar un tiroteo muy rabioso, y aquí no soy nada más que un simple ciudadano. Esperaremos.

—Es lo mejor —contestó Pat, arrimándose al cuerpo de Lester—. Deja que las hienas se muerdan entre sí.

Robert Spillman subió los peldaños sin hacer ruido y llegó hasta la puerta que daba acceso a las habitaciones de Chris y a los reservados.

Llamó y poco después una mujer entreabría la puerta con sumo cuidado.

Spillman usó el mismo sistema que había empleado Lester para penetrar en las habitaciones de Chris.

Puso el pie para impedir que la puerta se cerrase y con el hombro empujó violentamente.

La mujer fue lanzada contra el suelo a causa del fuerte golpe y Spillman penetró en el piso superior del “Zocco”.

Antes de que la mujer pudiese huir, él se apoderó de ella y pudo reconocer a la muchacha árabe que había servido el café la noche anterior. La misma que se había encargado de entretener a Chuck para que Chris pudiese enterarse de lo que le interesaba.

Spillman no era ningún angelito y la vista de la muchacha solamente sirvió para aumentar su furia.

Su mano izquierda se cerró alrededor del cuello de la muchacha y la empujó hacia una de las paredes.

Allí, arrinconada y sin poder lanzar un grito porque la mano de Spillman se lo impedía, la sirvienta sintió que la muerte empezaba a rondar a su alrededor.

Spillman enfundó la pistola y empezó a abofetear a la muchacha, manteniendo la otra mano alrededor de su cuello para que no gritase.

Cinco, seis bofetadas, asestadas con toda la fuerza, cruzaron el rostro de la criada de Chris.

—¿Dónde está tu cochina ama y el cerdo de su padre? —preguntó el “gangster”, aflojando la presión.

La muchacha, que tendría veinte años, trataba desesperadamente de articular alguna palabra, pero las bofetadas continuaban cayendo sobre su rostro y sangraba ya por la boca cuando la mano de Spillman se cerró sobre el escote de la transparente blusa y de un brusco tirón se la arrancó.

La muchacha, medio desnuda, trató de cubrirse con las manos, pero un puñetazo de Spillman la hizo caer al suelo y las dos manos del “gangster” se cerraron alrededor de su cuello, mientras decía:

—Dime dónde están Brasseur y su hija y no te ocurrirá nada, de lo contrario, te desnudaré completamente y te golpearé con la culata de la pistola ¡Habla!

La muchacha hizo un ademán con la cabeza, y cuando las manos de Spillman soltaron su cuello pudo decir:

—En él... puerto... van a Lisboa... yate... se llama “Cherie”.

Spillman dejó caer su puño con fuerza sobre la mandíbula de la muchacha árabe, y sin hacer más averiguaciones se dirigió hacia el puerto.

Lester le vio salir y emprender el camino del puerto, andando rápidamente.

—Vamos, Pat. Los pájaros han volado y nuestro gavián va en su busca. Estamos llegando al fin de esta historia.

Los dos jóvenes fueron siguiendo al “gangster” que no se volvió ni una sola vez para observar si era seguido. Iba obsesionado con la idea de matar a Jacques y a Chris... lo demás carecía de importancia ya.

Al llegar al puerto, Spillman empezó a leer los nombres de los yates anclados y al descubrir el de “Cherie” en la popa de una embarcación de algo más de cien toneladas, sonrió siniestramente.

Sobre cubierta se paseaba un hombre que Spillman reconoció como el hombre de confianza de Brasseur, Angelo, el corso.

El “boss” levantó el cuello de su americana y se hundió el blanco sombrero para no ser reconocido y con la pistola empuñada en el bolsillo de la chaqueta se aproximó a la borda.

—¿Qué desea, amigo? —preguntó Angelo, aproximándose hacia el curioso... al menos esto era lo que él creía.

—Ver a Brasseur —contestó Spillman, tratando de disimular su voz.

—Este yate pertenece a un norteamericano.

—Me habré equivocado —replicó Spillman, pero al pronunciar estas palabras se había colocado solamente a tres yardas de Angelo.

—Entonces lárgate rápido —ordenó este.

—¡Pero será cuando haya terminado contigo! —dijo Spillman, con rabia.

—¡Eh...!

La exclamación fue interrumpida por tres ahogados “chop” que brotaron del cañón de la pistola del “gangster”.

Angelo, alcanzado en el pecho, abrió desmesuradamente los ojos al reconocer al hombre que terminaba de matarlo.

Spillman cruzó el tablón que hacía las veces de pasarela y penetró en el yate.

Lester y Pat habían seguido la rápida escena, sin poder evitar la muerte de Angelo, pero al observar que el “gangster” saltaba sobre cubierta y se dirigía hacia el camarote situado en el centro de la embarcación, Lester dijo:

—Espérame aquí, intentaré evitar que este asesino cause más muertes.

Pat asintió mudamente con la cabeza y vio cómo el agente iba tras los pasos de Spillman.

Este había llegado hasta la entrada del camarote y sus ojos brillaron de alegría al descubrir a Chris, sentada sobre la mesa y con las bellas piernas desnudas.

Llevaba una corta falda y un pañuelo cubriéndole el poderoso busto. Sus cabellos aparecían recogidos sobre la nuca.

Jacques Brasseur permanecía a su lado, inclinado sobre la misma mesa, estudiando una carta de navegación.

—Si Hassan tarda mucho pondré el motor en marcha y zarparemos. No puedo esperar más, y que el diablo se lleve los veinte mil francos que nos debe —dijo Jacques, trazando una línea sobre la carta.

—El diablo se llevará algo más, Jacques Brasseur.

Este levantó la vista asombrado y se encontró cara a cara con Robert Spillman. Apoyando las manos sobre la mesa se fue levantando, mientras exclamaba:

—No, no es posible.

Chris no perdió la serenidad, y obró a la inversa que su padre. Apoyó las dos manos sobre la mesa y, levantando el pecho, que se dibujó provocador bajo el fino pañuelo, dejó escapar una alegre risa.

—Puedes reírte, víbora—escupió Spillman entre dientes, mientras penetraba en el interior del camarote—, y no te esfuerces en demostrarme tus encantos. Esta noche he desnudado a una mujer y antes de matarte haré lo mismo contigo.

—Veo que sabes nadar, Robert, nadie lo hubiese creído en un tipo como tú —contestó Chris—. Lo más natural es que te hubieses ido al fondo de cabeza, ya que la tienes bastante grande.

—La perdí una vez, pero no volverá a ocurrir.

—¿Estás seguro? —se burló Chris, saltando de la mesa y mostrando su

espléndida figura.

—¡Quieta!... Primero quiero matar a tu simpático padre... si es que este montón de gelatina temblorosa puede ser padre de una serpiente como tú.

Chris, sin hacer caso de la advertencia del “gangster”, se movió ligeramente hasta colocarse junto a una estantería en donde había varios utensilios de pesca, entre ellos un afilado arpón empleado para rematar tiburones y delfines.

Spillman fue siguiendo todos sus movimientos, mientras vigilaba a Jacques, que aún permanecía inmóvil junto a la carta de navegación.

—Ha llegado tu hora, cerdo. Los cuerpos de mis hombres me cubrieron, pero a ti...

Spillman empezó a levantar lentamente su arma. Lo hacía así porque le producía placer ver cómo el miedo a la muerte se reflejaba en el rostro del dueño del “Zocco”.

Iba a disparar cuando un ligero ruido le puso sobre aviso, y dando un salto de costado pudo evitar que Chris lo atravesase con el afilado arpón.

—¡Perra! —exclamó, mientras la culata de la pistola se abatía sobre la muñeca de la muchacha, haciéndola soltar el arpón.

Chris lanzó un grito de dolor. El brutal golpe había fracturado el hueso.

Spillman se inclinó para recoger el arma y, con ella en una mano y la pistola en la otra, se fue aproximando a Jacques, que al ver que la afilada punta del arpón rozaba su pecho, empezó a retroceder hacia la pared del fondo.

Una satánica sonrisa había brotado entre los labios de Spillman, y cuando Jacques quedó con las manos apoyadas en la pared de madera, dijo:

—Has llegado al final de tu viaje. Voy a matarte como si fueses una cucaracha vulgar y corriente.

El brazo armado con el arpón se movió hacia atrás y después, con toda su fuerza, fue lanzado hacia adelante.

Un escalofriante grito de terror brotó de la garganta de Chris y fue oído perfectamente por Lester, que aún no había llegado hasta el costado del yate.

Abandonando toda clase de precauciones, el agente del F. B. I. emprendió una rápida carrera hacia la embarcación.

Chris, con ambas manos sobre la boca, intentaba ahogar los sollozos que brotaban de su garganta. Spillman estaba ya delante de ella, pero la muchacha solamente veía el cuerpo de su padre.

La mano del “gangster” se cerró sobre el fino pañuelo que cubría el busto de la muchacha y de un violento tirón lo arrancó, mientras la pistola hizo fuego tres veces consecutivas.

La muchacha cayó primeramente sobre sus rodillas, mientras una dolorosa mueca aparecía en su bella boca. Los tres proyectiles se habían hundido en su vientre.

Después se recostó en una litera baja y allí quedó inmóvil. El “gangster” se inclinaba para desnudarla completamente, cuando una voz a sus espaldas le hizo desistir de su última salvajada.

—Levanta las manos, Robert Spillman, quedas detenido.

El “boss” se revolvió para disparar contra el hombre que intentaba detenerle, pero un culatazo asestado en plena frente le abatió sin sentido.

Lester se inclinó rápidamente sobre el cuerpo de Chris y la muchacha, que aún vivía, le sonrió tristemente.

Pat entró en el camarote y lanzó un grito de horror.

En la pared del fondo y clavado en ella como un gigantesco insecto estaba Jacques Brasseur.

Pat dominó su terror y se arrodilló junto a Chris. Al ver la desnudez de su pecho, la cubrió rápidamente con una manta de la litera.

—Gracias, Pat —dijo la muchacha—. El cadáver de tu hermano lo encontrarás cerca del poblado de Kidal el Malek. Perdóname por lo que te hice.

—No te acuerdes de ello ahora —contestó Pat.

—Lester... ya no podré... bailar par... ti... a... bes... bésame.

El agente del F. B. I. se inclinó sobre la agonizante Chris y la besó en los labios.

Una sonrisa iluminó el bello rostro y la perfecta cabeza se dobló sobre un hombro. Christine Brasseur había muerto.

Lester se levantó y registró las ropas de Jacques. En uno de los bolsillos halló las seis llaves y exclamó:

—Mañana iremos a recobrar el cadáver de tu hermano y pasado mañana partiremos hacia los Estados Unidos. Nos acompañará Robert Spillman, para ser ejecutado en la prisión.

—Este yate navega bajo bandera norteamericana, o sea que no tendré muchas dificultades en llevármelo, y si Roverbal está mejor, siempre nos ayudará.

—Salgamos de aquí, Lester —rogó Pat.

—Sí —contestó el agente—. Este asunto ha terminado.

Pero no había terminado.

Cerca del poblado de Kidal el Malek estaban los huesos del cabo Karl Lanbousky y seguramente se hubiesen estremecido de risa si pudiese saber que el “jeep” que los condujo al infierno, también conduciría a Robert Spillman hasta la silla eléctrica, y de la silla al infierno.

Si Mike Gallard no hubiese viajado en aquel “jeep”, Spillman no hubiese sido capturado.

Y Lanbousky se hubiese reído mucho si hubiese sabido que el último paseo del “boss”, sería la celda de la muerte hasta la silla eléctrica, y lo haría a pie.

F I N



La vida
de los hombres
que crearon
una nación

OESTE

★ PASION
★ VIRULENCIA
★ REALISMO

en la serie que mejor
refleja la auténtica
epopeya del Oeste.

Es, naturalmente, una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17—Madrid-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN **10** Pesetas

Notas

[←1]

Matador, asesino.

[←2]

Golpecito, caricia.